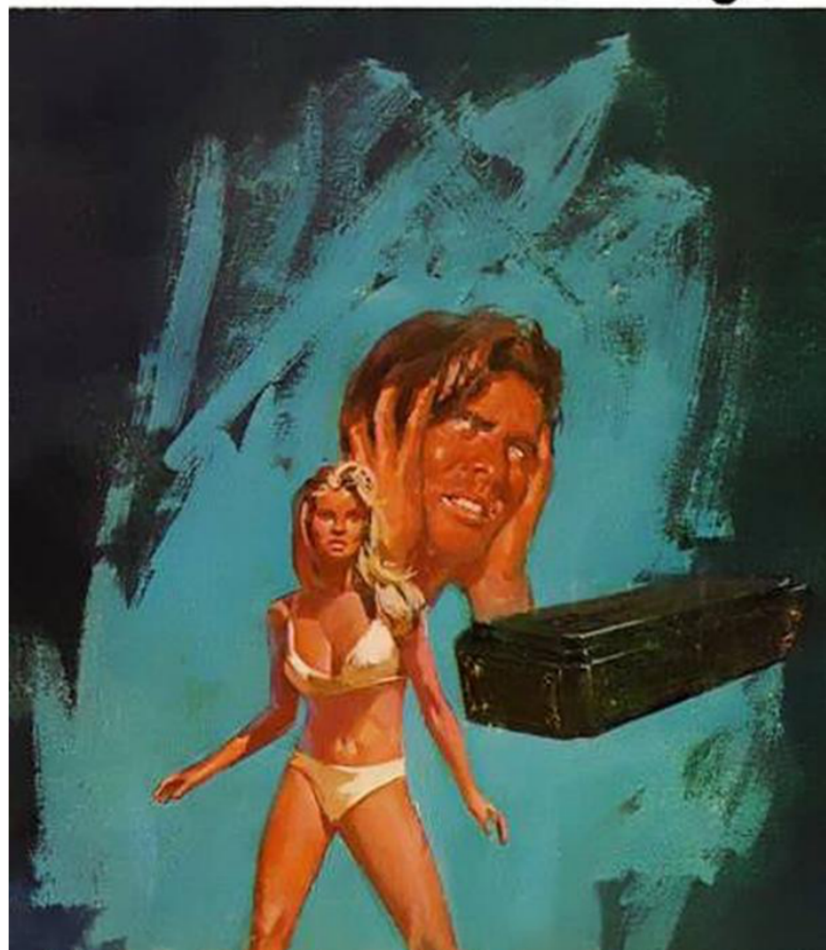
BOLSILIBROS BRUGUERA
PUNTO ROJO

UN ATAUD COMO OBSEQUIO

Keith Luger



COLECCIÓN

PUNTO ROJO







KEITH LUGER

UN ATAÚD COMO OBSEQUIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 789
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B 16739-1977
Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: Mayo,1977

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

CAPÍTULO PRIMERO

René Bretón observó el gran cartel que había colocado sobre la puerta del salón del hotel Paradis, dedicado especialmente a asambleas: «Cuarto Congreso Internacional de Mutilados por Accidentes de la Circulación».

Miró su brazo escayolado con su soporte metálico y dio un suspiro.

La circulación era cada día más anárquica y había muchos conductores que no respetaban las leyes.

A la puerta había un hombre con *smoking*.

—Su invitación, por favor…

Rene trató de meter, la mano en el bolsillo izquierdo.

—Perdone —dijo—. ¿Quiere cogerla usted mismo? Está ahí.

El hombre con *smoking*, de ojos saltones y bigote recortado, sonrió con benevolencia.

—No faltaba más —dijo.

Mientras tanto, otros dos invitados habían llegado, colocándose detrás de René. También ellos ofrecían un triste aspecto. Uno iba con muletas y era robusto, con cara de querubín.

El otro era delgado, de mejillas chupadas, y se quedó un poco sorprendido mirando a René Bretón, porque también él, Mejillas Chupadas, llevaba un brazo como el de René.

René sonrió a sus colegas de infortunio y dijo:

—Lo mío fue una berlina «Citroën». Me pilló cuando cruzaba la calle y me volteó… ¿Qué fue lo suyo?

—Un «Alfa Romeo».

—Le felicito. Tiene más categoría.

Su chiste no fue bien acogido por su interlocutor, Mejillas Chupadas.

El portero ya había cortado la parte superior de la invitación de René Bretón.

—Cuarta fila, tercera silla —le recordó.

—Gracias.

René hizo un saludo a los otros dos accidentados y se introdujo en la sala de asambleas.

Había ya mucho público.

René se sentó al lado de un tipo a quien no se le veía escayola por ninguna parte.

—¿Le molesto? —dijo René por su brazo.

—No, de ninguna forma. Me ladearé un poco para que usted tenga más espacio… Yo sé lo que se sufre… Ya estoy bien, ¿sabe? Pero hace un año que tuve que permanecer tres meses en el hospital. Cuatro costillas rotas, y el fémur convertido en un sacacorchos… No crea que he quedado mal. Cojeo un poco, ¿sabe?, pero no mucho. Las rubias no se dan cuenta… Además, digo que es cosa de la guerra. Eso siempre las emociona más que un simple accidente en una carretera… Mi nombre es Michel Daumier.

—Encantado, señor Daumier… René Bretón.

La mesa presidencial con cinco sillones estaba vacía.

Pero ahora se abrió una puerta a la derecha y aparecieron cinco hombres. Ceremoniosamente, se fueron instalando tras de aquella mesa.

Uno de ellos se levantó enseguida, un tipo de lentes de alta graduación y, tras un carraspeo, dijo:

—Señoras y señores… Celebramos hoy la tercera conferencia de nuestra asamblea. Todos ustedes saben que nuestro ilustre invitado de hoy, el que nos va a dirigir la palabra es el mayor del ejército inglés, ya retirado, Milton Murray… Estoy seguro de que lo que él nos diga va a ser muy interesante, ya que se ha dedicado exclusivamente a luchar por nuestra causa… Tiene la palabra el señor Milton Murray.

Se oyeron algunos aplausos.

Milton Murray era un hombre de unos cincuenta años de cabello muy rubio.

No habría hecho falta que el presentador anunciase su nacionalidad. Se le veía inglés por los cuatro costados.

—Señoras, caballeros, tengo que dar las gracias a la presidencia de esta asamblea por haber retenido mi nombre a la hora de elegir los conferenciantes que debían de dirigir las palabras a ustedes…

Yo os aseguro que los accidentes de circulación causan más víctimas que las guerras… He luchado en dos, y por ello, me encuentro en condiciones óptimas para hacer tal afirmación… Apenas he salido por esa puerta, he desparramado mi mirada por este salón y he visto la máscara del sufrimiento en vuestros rostros… Se me ha partido el corazón al ver brazos escayolados, piernas ortopédicas… Esos miembros han sido mutilados, aserrados vilmente en las calles, en las carreteras y no en un frente de batalla…

René Bretón, sin querer, tocó con su mano del brazo escayolado a una señora que tenía delante.

Ella se volvió y él dijo:

—Perdone.

—No hay cuidado —le sonrió la señora.

—Hemos de poner todo nuestro esfuerzo para luchar contra esa barbarie —decía el conferenciante.

En aquel momento, entró una pelirroja en la sala.

No ofrecía ningún aspecto de estar mutilada. Todo lo contrario.

René se dijo que era muy completa y que poseía una carrocería de lujo.

Ella pidió disculpas y fue a sentarse en la cuarta fila, pero al otro lado de donde se encontraba René.

Al hacerlo, la falda se le subió bastante y no era cuestión de estirarla, ya que la moda había impuesto que una mujer pudiese enseñar un buen trozo de muslo.

René concedió a los dos remos la máxima puntuación.

El conferenciante proseguía su perorata:

—Estoy seguro de que las conclusiones a que se lleguen aquí, servirán mucho para esta nueva cruzada…

La pelirroja se había ido a sentar junto al hombre que, como René, llevaba un brazo escayolado y, de pronto René vio algo muy extraño. Aquel hombre tenía tres manos.

Estaba seguro de ello.

Pero lo más gracioso del caso era que con una de ellas empuñaba una pistola. La vio solo unos instantes porque luego el tipo cubrió el arma con su cuerpo.

René vio cómo la pelirroja daba un respingo. Entonces el hombre le murmuró algo al oído. Era evidente lo que ocurría. El hombre de las tres manos estaba amenazando con el arma a la chica

de los hermosos remos.

René no esperó más. Se puso en pie y otra vez rozó con el brazo escayolado a la señora que tenía delante.

—Disculpe —dijo.

—Señoras y señores —decía el conferenciante—. Somos hombres pacíficos y no queremos la guerra, pero hemos de defendernos contra los locos del volante.

René se abrió paso con una sonrisa.

Llegó al lado del hombre con tres manos y se inclinó sobre él como si fuese a decirle algo con mucha educación, pero, de repente, le asestó mi mandoble con el filo de la mano sana en el cuello.

Mejillas Chupadas puso los ojos en blanco. Su tercera mano se abrió dejando caer la pistola en el suelo.

Pero entonces ocurrió lo inaudito. El gordo de las muletas se levantó de un salto.

Lo hizo con una gran, ligereza.

Sus muletas cayeron al suelo.

—¿Qué ha hecho usted con mi amigo? —dijo—. Lo voy a destripar.

Dio dos pasos con una gran elasticidad demostrando que no estaba cojo y tiró el puño a la cara de René.

René dobló la cabeza y recibió el golpe en el hombro.

Cayó encima de la pelirroja.

Ella dio un chillido.

—Guapa, no tenga miedo —dijo René, la cara muy cerca de la de ella—. Esto lo arreglo enseguida.

Dio un tirón del artilugio que sujetaba su brazo y, como por un milagro, se desprendió absolutamente de aquel armatoste de escayola y metal. Luego, enarbolándolo como arma, lo estrelló en la cabeza del falso cojo que se disponía a golpearle otra vez.

Se probó enseguida que la cabeza del cojo era muy dura.

La escayola se partió en pedazos y él tan solo retrocedió unos pasos mientras soltaba una retahíla de imprecaciones.

Los asistentes al acto estaban muy sorprendidos. Todos miraban hacia allí preguntándose qué ocurría.

El conferenciante tosió con fuerza.

—Caballeros, recuerden que debemos estar unidos, para conseguir el cumplimiento de los fines que nos hemos propuesto. La

unión y el amor al prójimo nos salvarán.

El cojo atrapó una de las muletas y, alzándola en el aire, la dejó caer con toda su fuerza sobre René.

Éste saltó a tiempo y la muleta golpeó contra el suelo convirtiéndose en astillas.

René soltó un puñetazo en la mandíbula del falso cojo, el cual emprendió una fulgurante carrera hacia la mesa presidencial.

El mayor Murray probó que no estaba en muy buenas condiciones para sortear a un automóvil que se encontrase en su camino.

El cojo dio una voltereta de campana y cayó sobre el conferenciante.

Le pelirroja también estaba obrando por su cuenta. Atrapó la pistola con la que el hombre de las tres manos le había estado amenazando y, en un abrir y cerrar de ojos, la aplicó en la nuca del hombre que tenía delante.

—Levántese, Bernard.

El llamado Bernard se alzó de la silla.

—Eh, no dispare —dijo.

—Tiéndase en el suelo.

—¿Cómo?

—He dicho que se tumbe en el suelo.

De pronto, dos hombres vinieron corriendo hacia René. Se habían levantado de las sillas de atrás.

René tumbó a uno de un soberbio puñetazo y al otro lo burló dejándolo pasar por su lado y haciéndole la zancadilla. El tipo sobrevoló por encima de dos fijas de espectadores mientras lanzaba un aullido y cayó desparramando invitados por todas partes.

El llamado Bernard, a quien la pelirroja estaba amenazando con la pistola, se tumbó en el suelo siguiendo las órdenes de esta.

—Levante la pierna derecha, Bernard.

—No, usted no me puede hacer esto —dijo Bernard.

—Vamos, rápido, o le salto la tapa de los sesos.

Bernard, ante argumento tan convincente, levantó la pierna derecha.

La pelirroja lo atrapó por el tobillo y dio un tirón con todas sus fuerzas.

La pierna se le quedó en la mano.

Entonces la joven dio media vuelta y echó a correr.

René seguía luchando con aquellos tipos. Uno de ellos trató de romperle el cráneo con una silla.

René atrapó un cuello, el de Mejillas Chupadas, y lo impulsó hacia adelante. La silla golpeó contra la cabeza de Mejillas Chupadas, el cual se puso bizco y se desplomó.

René se dio cuenta entonces de que la pelirroja iba camino ya del corredor con aquella pierna en la mano.

El que había sido dueño de la pierna, saltaba a la pata coja.

—¡Deténganla…! ¡Me ha robado la pierna…! ¡Me la ha robado…!

Arriba, al conferenciante le estaban dando un vaso de agua porque, al parecer, se había desmayado.

La sala donde se celebraba la Asamblea de los Mutilados parecía un manicomio.

René apartó a un tipo con el brazo que había tenido escayolado y con ello demostró que estaba en las más óptimas condiciones.

Entonces, pudo lanzarse sobre la pelirroja que estaba a punto de llegar a la puerta.

Los dos rodaron por el suelo.

Ella soltó un chillido.

René se levantó mucho más pronto que la muchacha y tomó la pierna ortopédica que la joven había perdido al caer. Salió de allí como alma perseguida por el diablo.

La joven dio un chillido.

—¡Esa pierna es mía!

Sacó una pistola del bolso y disparó sobre René, pero ya este había desaparecido del salón y las balas no hicieron más que golpear la puerta que se acababa de cerrar.

CAPÍTULO II

René Bretón llevó su auto, un «Jaguar», a la cochera de la casa pintada de verde.

En el pequeño jardín, los pájaros se arremolinaban en la fuente de la que manaba un chorrito de agua.

Tomó la pierna ortopédica del asiento trasero y se dirigió a la casa.

Apretó el timbre y, mientras esperaba que abriesen, volvió la cabeza y miró hacia la avenida poblada de árboles.

No se veía a nadie.

Pierre Legrand había sabido elegir su casa a las afueras de París, en un lugar muy tranquilo.

Le abrió el propio Pierre, un hombre de unos cincuenta años, de cabello rojizo y cara pecosa.

Al ver la pierna ortopédica que René sostenía, se echó a reír.

—Sabía que no fallarías…

—No creas que fue fácil —contestó René mientras entraba.

Fueron al *living* y René arrojó la pierna ortopédica en el diván.

Se fue al mueble-bar del rincón y preparóse una ración de *whisky*.

Al volverse, vio que Pierre estaba sentado en el diván y acariciaba la pierna.

—En, Pierre —dijo René—. No es el remo de una pelirroja con clase que estuvo a punto de mandarme al infierno… ¿Quién es ella?

Pierre se echó a reír.

—Así que has conocido a Madeleine.

—¿Madeleine?

—Madeleine Brosset. Una muchacha que quiere ser alguien en la vida.

—Pues no regatea medios para llegar adonde se ha propuesto.

—Es una chica ambiciosa.

—¿Para quién trabaja?

—Lo hace sola… Tenía a su hombre, pero a él se lo cargaron en Nápoles, hace cosa de cuatro meses…

—¿Casados?

—No. Madeleine no es de las chicas que se casan.

—Tiene valor. Estuvo a punto de llevarse esa pierna. Yo se lo impedí, pero se armó allí una gorda…

—¿Cómo se portaron los hombres de Hubert Fayard?

—A uno de ellos se le ocurrió ir con el brazo escayolado, como yo. El otro llevaba muletas… Ellos también conocían a la pelirroja.

—Sí, todos somos antiguos amigos.

—El del brazo quiso detener a la muchacha con una pistola. A mí no me gustó. Pensé que la iba a matar. Así que intervine y fue cuando empezó el zafarrancho…

René bebió un trago de *whisky*.

Pierre hizo presión en un dedo de la pierna ortopédica. Se abrió un hueco en el tobillo.

Pierre sacó del agujero un papel.

—Bien, Pierre —dijo René—. ¿Me vas a decir ahora de qué se trata?

Pierre desdobló el papel y, después de echarle una mirada, lo alargó a su amigo.

René tomó el papel y vio que se trataba de un mapa, pero estaba incompleto.

—A mí no me dice nada, Pierre —dijo.

—A mí tampoco, por ahora. Pero te explicaré… Hay otros dos trozos que completan este mapa… Cuando los tengamos, sabremos dónde están escondidos un millón de francos.

Miró a René, pero este no se había inmutado.

—¿No te emociona?

—Si me hubiesen dado cien francos cada vez que me han hablado de un tesoro yo sería rico.

—Sí, René, estoy de acuerdo contigo. Se han inventado muchas historias de tesoros. Pero esta vez es cierto.

—Todos dicen lo mismo, que su historia es la buena.

—La mía lo es.

—Tendrás que demostrarlo.

—Primero has de ir a por el próximo trozo.

—Ni hablar de eso.

—René, sé bueno con tu viejo amigo Pierre.

—No me enternecerás con nada.

—¿Ni siquiera recordándote que me debes la vida?

—Eres un puerco, Pierre… Pero ya hice por ti lo que me pediste. Me fui a esa asamblea y me jugué la piel por traerte una pierna ortopédica… ¿Dónde están los otros dos trozos? Seguro que uno está escondido en el polisón de una bailarina del Folies Bergere y el otro en la cúpula de Notre Dame.

—No. El segundo trozo está en el ojo de un tuerto.

—¿Qué?

—Naturalmente se trata del ojo postizo.

—Vaya ingenio para buscar un escondite.

—Sí, muchacho, se ha tenido que desplegar mucho ingenio, porque se trata de un millón de francos.

—¿Y dónde está el tercer trozo que completa el mapa?

—No te lo diré hasta tener el segundo.

—El segundo te lo va a buscar tu tía —dijo René—. Ya pagué mi deuda contigo. Es cierto que me salvaste la vida aquel día en Argel. He traído el trozo de tu mapa, ahora búscate a otro que te busque los demás pedazos… Hasta la vista, Pierre.

René empezó a cruzar el *living* para dirigirse a la puerta.

—Te daré medio millón de francos —oyó a su espalda a Pierre.

René se detuvo en su camino como si le hubiesen dicho que la puerta estaba en contacto con un cable de alta tensión.

Se volvió poco a poco.

—¿Qué has dicho, Pierre?

—Oíste bien. Te daré medio millón… Soy generoso, ¿verdad?

—Primero cuéntame toda la historia.

—No, no te la contaré.

—¿Por qué no?

—Ya la sabrás cuando tengamos el tercer trozo. Completaremos el mapa, y entonces, habrá llegado el momento de que sepas la historia del millón de francos.

—De acuerdo. ¿Dónde está el tercer trozo?

—Te lo diré cuando traigas el segundo.

—Debería mandarte al diablo.

Pierre se echó a reír mientras palmeaba el muslo de la pierna

ortopédica.

—Pero no me mandarás al infierno, porque acabas de convertirte en el socio de la empresa. Un socio que va a ganar medio millón de francos.

René volvió al bar y se escanció otra ración de *whisky* en el vaso.

—De modo que, el segundo trozo del mapa está en el ojo postizo de un tuerto.

—Sí, René.

CAPÍTULO III

El ojo izquierdo de Alain Debré estaba fijo.

El derecho parpadeaba, y siempre ocurría lo mismo. Le parpadeaba aquel ojo cuando estaba en presencia de una mujer como aquella que ahora tenía delante, de largas piernas, cintura estrecha, y toda curvas.

El cabello de ella era rojizo.

—¿Cuándo trabajo la última vez, señorita Burguet?

—Me despedí hace dos meses… Estaba trabajando para una firma de exportación, la Récord Limited, americana. Tiene una sucursal en París.

—¿Por qué se despidió, señorita Burguet?

—Se trata de un asunto personal.

—Lo siento, señorita Burguet, pero lo tendrá que decir. A menos que no le interese el puesto.

La pelirroja dio un suspiro.

—Está bien, señor Debré. El señor Sullivan, mi jefe, era un hombre muy atento, muy galante, y me hacía constantemente regalos, íbamos a cenar y bailábamos. Usted ya me entiende…

—¿Y qué?

—Su mujer se enteró… ellos sostuvieron una riña y ya ve el resultado. Dice un proverbio que la cuerda siempre se rompe por el lado más débil. Ella era la esposa y yo la secretaria. Tuve que ser yo la sacrificada.

Alain Debré frisaba en los cuarenta y cinco años y era un hombre bien parecido. También él estaba casado. Su mujer tenía el cabello negro. Siempre había soñado con encontrar en su camino una pelirroja como la señorita Burguet. Era algo realmente impresionante.

La señorita Burguet había acudido a la oficina de Alain Debré aquella mañana con una carta de recomendación de un tal

Monicelli, un italiano que Alain Debré había conocido dos años atrás.

—¿Qué sabe hacer, señorita Burguet?

—Naturalmente, todo lo que es competencia de una secretaria.

—La someteré a una prueba.

—Como guste.

—Siéntese. Le voy a dictar una carta.

La pelirroja se sentó.

Tal como esperaba Alain, la falda quedó un palmo por encima de las rodillas.

Las piernas de la pelirroja eran sensacionales. El ojo derecho de Alain Debré se puso a parpadear a un ritmo alocado.

La señorita Burguet era muy eficiente porque traía en su bolso un bloc y un bolígrafo.

—Cuando usted quiera, señor Debré. Estoy preparada.

Alain Debré sintió que se le había resecado la garganta. Claro que la muy condenada estaba preparada. Pero él no pensaba en la carta, sino en otras cosas más seductoras.

Alain Debré le dictó una carta comercial dirigida a un supuesto cliente, a quien se le enviaban quinientos tacones de goma. Ése era el negocio de Alain Debré, fabricar tacones. Su negocio no era de mucha importancia, pero le daba para ir viviendo.

Después de todo, en su ojo izquierdo tenía algo que sería la solución de su vida. El tercer trozo de un mapa que conducía a un millón de francos.

Annie Burguet, cuyo verdadero nombre era Madeleine Brosset, leyó la carta que Alain Debré le había dictado.

Cuando terminó se hizo un silencio.

—¿Es eso lo que me ha dictado, señor Debré?

Alain apartó su ojo sano de las piernas de la pelirroja.

No había escuchado absolutamente nada.

—Oh, sí, desde luego.

—¿Quiere decir que me da el puesto?

—Desde ahora es usted mi secretaria.

—Gracias, señor Debré.

Todo había sucedido muy aprisa.

Madeleine Brosset, alias Annie Burguet, había empezado por recibir algunos regalos de Alain Debré.

Él se le había insinuado varias veces.

Naturalmente, Madeleine había cuidado todos los detalles. Como por ejemplo, alentarlo con sus miradas profundas, con sus sonrisas…

Y ahora había llegado el momento cumbre.

Alain Debré la invitó a cenar.

Habían acordado que él vendría a su apartamento, para recogerla.

Madeleine había preparado un aperitivo.

Desde luego, era un aperitivo muy especial.

Alain Debré bebería un somnífero.

Había tenido en cuenta la dosis para que su jefe se durmiese bien pronto en un sueño profundo.

Sonó el timbre y acudió a abrir.

Alain Debré estaba sonriente en el corredor.

—Buenas tardes, Annie.

—Adelante, señor Debré.

Alain entró y dijo:

—Annie, quiero pedirle un favor. Llámeme Alain.

—De acuerdo, Alain. ¿Quiere sentarse, por favor? ¿Qué prefiere…? ¿Martini…? ¿*Whisky*…? ¿Ginebra…?

—Un Martini.

—Yo tomaré otro. Tenemos el mismo gusto.

La joven se marchó al mueble-bar.

Alain Debré admiró su forma de andar. Tenía mucho de animal felino, y a él siempre le habían gustado mucho las mujeres-gata, las mujeres-pantera, las mujeres-tigre…

Ocupó el diván, y, al cabo de unos momentos, Annie se acercó con una bandeja en donde había dos Martini y algunos platitos con pastas.

El Martini de Alain estaba preparado con el somnífero.

Era el vaso más cercano a Debré.

Sin embargo, él se movió hacia el rincón del diván y tomó el otro Martini antes de que ella pudiese evitarlo.

—Brindemos, Annie.

Madeleine se quedó envarada.

A ella le correspondía el vaso con el somnífero.

—Alain, ¿puedo pedirte una cosa? —lo tuteó.

—Sí, Annie.

—Beberemos del mismo vaso y luego del otro —la dijo con voz dulce, persuasiva.

—Sí, Annie.

Madeleine dejó la bandeja sobre la mesa y se sentó junto a Alain.

—Por tus lindas piernas… —Bebió un trago y luego pasó el vaso a su empleada.

—Un brindis muy amable, Alain. ¿Puedo corresponder?

—Desde luego.

—Por nosotros dos y porque no haya una esposa que nos separe…

Alain tuvo la sensación de que el cuello de la camisa le venía muy estrecho.

Demonios. Era un tipo suertudo.

Al fin iba a ver realizado el sueño de toda su vida.

Tendría una pelirroja y juró para sus adentros que no había ninguna como su secretaria.

La joven, después de beber un trago, no le entregó el vaso.

—Alain, ¿dónde está tu mujer?

—Fue a Lyon con sus padres. No te preocupes.

Alain Debré se inclinó sobre ella para besarla, pero Madeleine, con mucha habilidad, empinó el vaso y bebió su contenido.

—Oh, perdona, Alain —dijo—. Me lo bebí todo… Ahora te toca a ti.

—No tiene importancia.

—Tienes el otro vaso en la bandeja.

—Ahora no importa —dijo Alain Debré y se echó sobre ella.

Pesaba mucho. Unos noventa kilos y Madeleine no pudo sostenerlo y se derrumbó sobre el diván.

Alain le cayó encima.

—Alain —dijo ella—. Me vas a arrugar el vestido.

—Que se vaya al infierno el vestido.

—Alain, hemos de ir a cenar.

Alain la besó en el cuello y subió hacia arriba.

—Annie, ¿por qué no llegaste más pronto a mi vida?

—La razón es muy simple. Porque no leí antes tu anuncio en el periódico.

—Sí, es cierto. Pero pudimos conocernos en algún sitio. En el cine, en cualquier reunión, en el teatro…

—El tiempo perdido se puede recuperar —dijo Madeleine por decir algo.

—Sí, nena.

Trató de besarla en los labios pero ella ladeó ligeramente la cabeza.

—Alain, quiero beber más. Me entusiasma el Martini con ginebra.

Alain tomó el vaso y dijo:

—Aquí tienes. Bebe.

—Tú primero.

—Yo prefiero no beber tanto alcohol en ciertas circunstancias.

—No seas tonto. Resulta más divertido.

—Yo no resulto divertido. El alcohol me adormece. Ten en cuenta que ya pasé de los cuarenta años.

—No se te nota, querido… ¡Pareces tan joven…! Yo hubiese jurado que no tenías más de treinta y cinco.

Estaba diciendo una mentira. Alain Debré aparentaba los cuarenta y cinco que realmente tenía. Pero ella tenía que halagarlo para que bebiese aquel mejunje que lo dejaría dormido en unos instantes.

—Está bien. Beberé —dijo Alain.

Madeleine dio un suspiro de alivio.

Alain bebió un trago.

Fue a dejar el vaso pero Madeleine se lo impidió.

—Eres un hombre muy simpático.

—¿Tú crees?

—Sí. Creo que lo reúnes todo. Pero yo soy una desgraciada.

—¿Qué dices?

—Sí, una desgraciada. Nadie me quiere.

—Eso es absurdo.

—He tenido muy mala suerte con los hombres.

—No la tendrás conmigo.

Ella sonrió mientras le acariciaba la oreja.

Alain Debré sintió un estremecimiento.

Se llevó el vaso a los labios y bebió un largo trago.

Bien. Aquello se ponía en condiciones. Había creído que sería

mucho más difícil, pero no tuvo en cuenta que Annie era una mujer con experiencia, una mujer comprensiva, como debían de ser las pelirrojas como ella.

Dejó el vaso en la mesa, pero se quedó inmóvil.

¿Qué le pasaba? Tenía sueño. Eso era completamente absurdo. ¿Cómo iba a tener sueño encontrándose al lado de una mujer como Annie?

Se pasó una mano por la cara.

—¿Qué te pasa, Alain?

—Oh, nada.

—¿Quieres que bailemos?

Antes de que pudiera responder, ella se levantó del diván.

Alain soltó una maldición, pero cuando oyó la música lánguida pensó que quizá Annie había tenido una buena idea. Sí, una situación como aquella necesitaba la música adecuada y Annie había sabido elegir la pieza.

—Perdona, querido.

—¿Adónde vas?

—Quiero arreglarme un poco.

—Pero si ya estás arreglada.

—Yo creo que no.

Alain Debré se quedó con la boca abierta.

Podía imaginar a lo que ella se refería. Naturalmente, le hablaba del amor. Su secretaria quería aligerarse de ropa.

—Vuelvo enseguida, Alain.

Debré se sintió como un joven en su primera cita amorosa.

Demonios, que suerte tenía.

Pero se estaba durmiendo.

Cada vez tenía más sueño.

Segundo a segundo, se sentía invadido por un terrible sopor.

Oh, no, a él no le podía pasar aquello.

Sus párpados se cerraban.

Entonces, se le ocurrió golpearse en las mejillas.

Pero hizo demasiado ruido y se detuvo pensando en que Annie le oiría.

Se fue cayendo poco a poco.

Trató de luchar todavía pero era inútil.

Quedó tendido en el diván y, un segundo después, roncaba.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio de Madeleine y esta apareció tal como estaba antes, con un vestido de noche de tirantes, sobre sus hermosos hombros desnudos.

Bien, ahora convendría que esperase unos segundos.

Fue al mueble-bar y se preparó un Martini para ella, sin somnífero, naturalmente.

Bebió un trago y encendió un cigarrillo.

Se acercó a su jefe y sonrió.

Los hombres eran peligrosos solo cuando estaban despiertos, pero cuando dormían como Alain Debré, eran como niños.

Se agachó sobre Alain y lo tocó en el brazo con suavidad.

Alain Debré continuaba roncando.

Lo movió con más fuerza, pero obtuvo el mismo resultado.

El somnífero había hecho su efecto. Alain Debré era una piedra.

Ya podía llevar a cabo la operación.

Solo consistía en una cosa. En sacarle el ojo izquierdo.

Sin embargo, sintió un escalofrío en la espalda, como si tuviese que sacarle el otro ojo, el bueno.

Tonterías. Después de todo, en el ojo postizo se guardaba un trozo de aquel mapa que conducía a un millón de francos.

Se arrodilló junto al diván y dejó sobre la mesa cercana el vaso y el cigarrillo.

Se pasó las palmas de las manos por los muslos y acercó la diestra a la cara de Alain Debré.

Le habían enseñado cómo tenía que hacerlo y ahora no vaciló un segundo.

Metió un dedo por debajo del párpado del ojo e hizo presión.

El ojo de Alain Debré saltó de la cuenca y rodó por el suelo.

Madeleine soltó un gritito.

El ojo rodó por la habitación y fue a parar a los pies de un hombre.

La pelirroja subió la mirada de los pies a la cara del inesperado visitante.

Era el mismo joven que le había arrebatado la pierna ortopédica en la asamblea del hotel Paradis.

CAPÍTULO IV

Rene Bretón se agachó y tomó el ojo que había quedado a sus pies.

Lo lanzó dos veces al aire y sonrió mientras decía:

—Fue un buen trabajo, rojiza.

—¡Dame eso!

—No es tuyo.

—Claro que es mío.

—El ojo pertenece a ese hombre… ¿O me vas a decir que te lo dio como regalo, a cambio de tus caricias?

—No me insultes, bastardo.

René hizo una, reverencia.

—Perdona, duquesa. No tuve en cuenta que eres una muchacha con mucha educación. ¿Qué ibas a hacer ahora? ¿Clavarle un puñal en el corazón, o te lo ibas a cargar a balazo limpio?

Los ojos de la hermosa joven relampaguearon.

—¿Quién eres tú? —exclamó.

—Un tipo que pasaba por ahí fuera.

—No me vengas con historias… Ya te he encontrado dos veces en esta semana. Primero allí, en aquella asamblea… Me quitaste la pierna ortopédica de Bernard…

—La necesitaba un tío mío que fue atropellado por un camión.

—Ese chiste se lo cuentas a tu abuela.

—Está bien, duquesa. Iré a contárselo ahora mismo. Hasta la vista.

René la obsequió con una sonrisa y dio media vuelta para salir.

Cometió un grave error.

Iba a abrir la puerta cuando oyó de nuevo la voz de Madeleine.

—Si das un paso más, te frío.

René volvió la cabeza.

La pelirroja exhibía una pistola en la mano, una «Smith y

Wesson», calibre 38.

—Nena, eres muy aficionada a las pistolitas.

—Sí, también soy muy aficionada a meter balas en la barriga a los tipos que me resultan antipáticos.

René chascó la lengua.

—Ése es un procedimiento que deberías abandonar. Te podría conducir a la última pena.

—Esta vez no me conduciría a nada.

—¿Por qué no? Estarnos en Francia. Y aquí emplean la guillotina.

—Si te mato, será él quien lo pague —dijo Madeleine, señalando al durmiente.

—Entiendo. Le pondrás la pistola en la mano.

—Sí. Después que haya disparado contra ti.

—No está mal. Es una brillante idea.

—Anda, acércate.

—Con mucho gusto, querida. Ya tenía ganas de que me lo pidieses.

René echó a andar hacia ella.

—Eh, ¿qué vas a hacer? —preguntó Madeleine.

—Besarte.

—Párate ahí o mueres antes de hora…

—Eres una chica bastante quisquillosa. No quieres que me marche, no quieres que haga plan contigo…

—Deja ya de hacerte el gracioso.

—¿Y cómo quieres que pasemos el rato, dulzura?

—Hablando de negocios.

—Sí, también será una buena forma de pasar el tiempo entre tú y yo.

—Dame el ojo del tuerto.

—Como tú quieras, cariño.

René fue a meter la mano en el bolsillo.

—¡Quieto!

René dio un suspiro.

—No dije antes que eras el espíritu de la contradicción… ¿Te doy o no te doy el ojo?

—No quiero que me sorprendas sacando una pistola.

—No guardo la pistola en el bolsillo.

—Ya que eres tan amable, dime dónde la guardas.

—En la axila izquierda. Puedes ver que mi bolsillo no abulta nada. De todas formas, si no te fías de mí, ven aquí. Saca tú misma el ojo.

—Te sacaría los dos tuyos por haberme hecho la faena del otro día con la pierna ortopédica… Yo corrí el riesgo… Estuve a punto de que me liquidasen.

—No eres justa conmigo, pequeña… Vi cómo aquel hombre te amenazaba con la pistola y eso me enterneció mucho. Pensé que eras demasiado hermosa para dejarte morir.

—Serías un buen letrista de canciones…

—Es un honor que me haces.

—Déjate ya de cuentos. Solo haces que hablar y hablar para distraerme. Es eso lo que buscas, ¿verdad?

René metió la mano en el bolsillo derecho y sacó el ojo postizo.

Pensó arrojárselo a Madeleine, pero él iría detrás.

—Quítate esa idea de la cabeza —le dijo Madeleine.

—¿Qué idea?

—La de arrebatarme la pistola con un saltito.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—Ya probaste tus condiciones de atleta en la Asamblea de Mutilados. Te conozco y sé de lo que serías capaz.

—Vaya, parece que no me dejas ninguna posibilidad de escape.

—Solo tienes una.

—¿Cuál es?

—Le de que me entregues el trozo del mapa que Bernard guardaba en su pierna ortopédica.

—Lo siento, nena, pero llegas demasiado tardé.

—No me digas.

—Sí, es cierto. El papel que contenía la pierna no lo tengo yo.

—¿Qué hiciste con él?

—Lo vendí.

—¿Por cuánto?

—Por cinco mil francos.

—Pero ¿qué clase de estúpido eres tú?

—Me contrataron para hacer este negocio…

—¿Esperas que te crea?

—Me dolería mucho que me considerases un embustero.

—Miren al niño bonito que nunca rompió un plato. El muchacho que siempre dice la verdad… Pero ¿quién te has creído que soy yo, pedazo de idiota…? Todos vamos detrás de lo mismo. Tú, yo y algunas personas más. Pero óyeme una cosa… Yo voy a ser quien reúna los tres pedazos del mapa.

—¿Un mapa?

—Haces muy mal el papel de ingenuo… Como si no supieses que se trata de un mapa.

—Continúa.

—No tengo nada que agregar…

—Si yo estoy enterado de todo el asunto, no hay inconveniente que lo repitas. ¿No te parece? ¿Para qué sirve ese mapa?

La joven entornó los ojos.

De pronto se echó a reír.

—No sabes nada, ¿eh?

—Se me está ocurriendo una idea, Madeleine.

—¿Qué cosa?

—Formar sociedad entre tú y yo.

—Cuéntame ahora una de miedo.

—Había una vez un vampiro que se llamaba Drácula.

—Cállate y dame el ojo de una vez.

—Está bien. Ahí lo tienes.

—Y quédate quieto cuando lo tires.

René sacudió la cabeza en sentido afirmativo y tiró el ojo hacia Madeleine.

Ella lo atrapó en el aire.

René fue a saltar, pero Madeleine puso el dedo en el gatillo.

—Anda, inténtalo y un segundo después te estarás retorciendo con una bala en el estómago.

René se relajó.

—Eres una chica muy inteligente.

—Solo lo seré cuando tenga los tres trozos que sirven para completar el mapa. Dentro de este ojo encontraré un trozo y solo me faltarán dos. Tú tienes uno de ellos, el de la pierna ortopédica.

—¿Cómo quieres que te diga que yo no lo tengo?

—¿Quién lo tiene?

René dejó correr unos segundos y ella gritó:

—¡Contéstame o te hago pagar el robo del otro día!

—Lo tiene Pierre Legrand.

—Mientes.

—¿Por qué he de mentir?

—Porque Pierre Legrand está muerto.

—No, cariño, no está muerto. Vive.

—Tendrás que inventar otro nombre.

—No he inventado ningún nombre. Te repito que Pierre Legrand es mi patrón… Me pagó cinco mil francos porque le llevase la pierna ortopédica de Bernard.

—¿Y cuánto te iba a pagar por llevarle el ojo del tuerto? ¿Otros cinco mil?

—Está bien. Te diré la verdad… Él y yo nos asociaríamos cuando completase el mapa. Entonces, me contaría la historia.

Ella negó con la cabeza.

—Pierre Legrand está muerto… Murió en un accidente de automóvil hace dos años.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leí en los periódicos.

—Los periódicos a veces se equivocan… O quizá murió otra persona que se llamaba Pierre Legrand. Capitán del Ejército francés… Cruz de la Legión de Honor… Internado en un campo de concentración alemán durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Te enteras, labriego? El hombre que murió accidentado era el tipo de quien estamos hablando…

—Oye, todo esto es un lío tremendo. Conocí al Pierre Legrand del que te hablo hace cuatro años… Yo estaba entonces en Argel y él me salvó la vida. Unos tipos de la OAS me habían atrapado y me iban a liquidar… De pronto, un fulano entró por una ventana, tenía una metralleta en la mano y la puso en funcionamiento. Se cargó a los tres tipos de la OAS que estaban conmigo. Luego me libertó. Era un paisano que se había alistado en un comando anti-OAS creado por el Gobierno para combatir a los ultras… Más tarde nos vimos en París. Corrimos algunas juergas juntos. Hace unos días, la víspera de esa Asamblea de Mutilados me contó que necesitaba un documento importante… Que me pagaría cinco mil francos si le llevaba la pierna de un tal Bernard, que iba a asistir a una conferencia de esa asamblea. Ahora ya lo sabes todo.

—Claro. Tú te metiste en el asunto por agradecimiento.
—Y por los cinco mil francos.
—¿A qué te dedicas cuando no robas piernas ortopédicas?
—A lo que sale.
—Un aventurero, ¿eh?
—Ni más ni menos como tú, preciosa.
—Te equivocas.
—¿En qué me equivoco?
—Yo soy la única que tenía derecho al millón de francos que conduce al mapa, y por eso lo voy a tener yo sola… Vas a atrapar ese teléfono…
—¿Para qué?
—Harás venir aquí a Pierre Legrand, o al hombre que lo sustituye… Y le dejarás bien encargado que traiga su trozo de mapa…
—Ahora pareces tonta. Legrand supondría que he caído en manos de un enemigo… Podrás matarme, pero Pierre Legrand nunca vendrá aquí… ¿No sería mejor que me admitieses como socio?
La joven se movió hacia la puerta y se puso de espaldas a ella.
—Me llevarás hasta donde está Pierre Legrand…
—Oye, nena, es mucho mejor que tú y yo trabajemos juntos.
—¡Ya basta! He dicho que vendrás conmigo.
—Está bien, como tú quieras.
En aquel momento, la puerta se abrió sigilosamente.
Madeleine no se dio cuenta de ello.
En la estancia entraron dos hombres que Rene ya conocía. Eran Mejillas Chupadas y Cara de Querubín. Empuñaban sendas pistolas.
El pelirrojo Cara de Querubín dijo:
—Pequeña, suelta esa pistola o parto por la mitad tu bonito esqueleto.

CAPÍTULO V

Madeleine rechinó los dientes.

René leyó en sus ojos la intención de disparar sobre él.

—Cuidado, ricura, ellos y yo no jugamos en el mismo bando. Recuérdalo.

Cara de Querubín soltó una risita.

—Sí, el chico demostró que no era nuestro amigo.

Madeleine abrió la mano y la pistola cayó al suelo.

Mejillas Chupadas tomó a la joven por el brazo y le soltó un empellón.

—¡Bastardo! —gritó ella.

Mejillas Chupadas la apuntó con el arma y, tras echar una mirada al durmiente Alain Debré, dijo:

—No era nada lo del ojo y lo llevaba en la mano… Anda, pequeña, suéltalo.

—¿Qué cosa he de soltar?

—No te hagas la tonta. El ojo postizo del feo durmiente.

—Dáselo, Madeleine —dijo René.

Madeleine abrió la mano en la que guardaba el ojo y lo arrojó a Mejillas Chupadas.

Pero lo hizo de mala manera y el ojo rodó de nuevo por el suelo.

Eso distrajo por unos momentos a los matones.

René aprovechó el tiempo.

Saltó sobre Mejillas Chupadas, y lo atrapó por el cuello.

El ejercicio que estaba realizando debía de ser muy rápido y tenía que salir bien en todas sus partes.

Se derrumbó en el suelo con Mejillas Chupadas, y su mano derecha atrapó la pistola que Madeleine había dejado caer poco antes.

Cara de Querubín había dado unos pasos con el ánimo de meter una bala a René en el momento propicio, pero fue él quien la

recibió cuando René apretó el gatillo.

Lanzó un aullido.

La bala le había herido en el hombro y dejó caer la pistola.

Luego, René aplicó el cañón de su arma en la nuca de Mejillas Chupadas.

—Ya basta, muchacho.

Mejillas, Chupadas lanzó una maldición, al tiempo que arrojaba la pistola.

René se levantó dueño de la situación.

Cara de Querubín gimoteaba.

—Estoy herido…

Madeleine ya había recuperado el ojo del tuerto.

—Será mejor que nos marchemos, René.

—Recoge las armas.

Madeleine así lo hizo y las guardó en el bolso.

Luego, los dos jóvenes retrocedieron hacia la puerta.

—Hasta la vista, muchachos —dijo René.

Bajaron por la escalera.

—Traje mi auto —dijo René.

Se metieron en el «Jaguar» que estaba aparcado junto a la acera.

Poco después se alejaban de allí.

Madeleine dio un suspiro.

—Creí que esos dos hombres nos mataban.

—¿Para quién trabajas, dulzura?

—Para nadie. Estoy sola.

René se dijo que eso coincidía con lo que le había dicho Pierre Legrand, su patrón.

—¿Me vas a contar ahora la historia? Te he demostrado que tú y yo podemos hacer el negocio juntos.

Ella titubeó unos instantes, pero al fin movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, René, creo que sí.

—Empieza.

—En el año 1959, un tal Jacques Fayard era miembro de la OAS. Fue encargado en París de organizar un comando que debía dedicarse a la recaudación de dinero. Se le dio carta blanca en cuanto a los medios para conseguir sus fines. Jacques Fayard se dedicó preferentemente a coaccionar a la gente… Generalmente,

recurría al chantaje. Amenazaba a un padre de familia con secuestrar a cualquiera de sus hijos o a la esposa, o sugería la posibilidad de un atentado. Algunas veces, cuando las cartas no daban resultado, tenía que cumplir su palabra… Por ello, era frecuente que el comando de Jacques Fayard llegase a realizar esos secuestros… Jacques Fayard demostró ser un hombre muy eficiente. Pero la causa de la OAS estaba perdida y entonces a Jacques se le ocurrió una brillante idea… Quedarse con lo que había recaudado. El precio de su trabajo no lo cobraba en billetes, sino en joyas, oro y en piedras preciosas… Por eso, Jacques Fayard pensó que sería estupendo enterrar su botín, ya que con él le resultaría muy difícil trasladarse a otro país. Al cabo de algunos años regresaría a Francia y se haría cargo del tesoro…

—Muy interesante —asintió René Bretón.

—Pero Jacques Fayard se encontró que tres de sus hombres se dieron cuenta de lo que iba a hacer.

—¿Quiénes eran los tres?

—Bernard Mollet, Alain Debré y Pierre Legrand…

—¿Qué es lo que hicieron?

—Atraparon a Jacques Fayard cuando ya había enterrado su botín… Pero Jacques se defendió y uno de ellos disparó sobre él, matándolo en el acto. Los tres confabulados pensaron que habían perdido a su jefe y al mismo tiempo el tesoro, pero al registrarlo encontraron un mapa. No dudaron que era el lugar en que Jacques Fayard había enterrado joyas por valor de diez millones de francos antiguos… Entonces, a uno de los tres socios se le ocurrió una idea, partir el mapa en tres trozos. Cada uno de ellos se quedaría con un trozo, se marcharían al extranjero y, al cabo de cinco años regresarían a Francia… Completarían el mapa, desenterrarían el botín y lo repartirían a partes iguales.

—Creo que voy entendiendo. Ahora llegó el momento de que se reuniesen y empezaron a pelear entre sí.

—Ocurrió algo más. Jacques Fayard tenía un hermano, Hubert Fayard, a quien al parecer había escrito una carta informándole del asunto, pero silenciándole el lugar en donde había escondido el tesoro.

—Y por eso ahora el hermano del difunto Fayard, Hubert, está trabajando para reunir los tres trozos del mapa.

—Exacto.

—¿Por qué Bernard y Debré están mutilados?

—Bernard sufrió un accidente de circulación hace cosa de seis meses y le amputaron la pierna. Y Alain Debré perdió un ojo durante la guerra de Argelia.

—¿Cómo se enteró Hubert Fayard de la existencia del mapa que Legrand, Debré y Mollet se habían repartido en tres trozos?

—Hubo un testigo de la muerte de Jacques, un hombre que pertenecía al comando llamado Ándré Lenoir. Legrand, Debré y Mollet no se dieron cuenta de su proximidad, porque André Lenoir estaba escondido. Cuando los tres confabulados se marcharon, André Lenoir se apresuró a buscar a Hubert Fayard, que vivía en París, y le contó lo que había pasado… Hubert hizo investigaciones y supo que los tres hombres que habían matado a su hermano habían huido del país. Pero gracias a André Lenoir sabía que al cabo de cinco años se reunirían otra vez en Francia, con la idea de repartirse el tesoro…

—Las piezas del rompecabezas van encajando. Solo faltas tú. ¿Cómo te has relacionado con todo esto?

—Yo era la novia de Jacques Fayard. Los dos íbamos a huir juntos. Me había explicado su plan, pero no me dijo en qué lugar había escondido las joyas. Los hombres sois unos tipos muy raros. Amáis a una mujer, pero muy pocas veces estáis dispuestos a compartir un secreto con ellas.

—Quizá en este caso Jacques tuviese razón. Después de todo, se trataba de un secreto que valía una fortuna… Pero ¿por qué no te aliaste con Hubert Fayard?

—Porque es un bicho. Tuve oportunidad de conocerlo. Hubert se ha dedicado a la trata de blancas, al contrabando de drogas, y a todo lo que pueda dar un franco sin sudarlo…

René quedó un rato pensativo y finalmente chascó la lengua.

—Así que Hubert Fayard y tú, obrando separadamente, decidisteis limpiar a Legrand, Mollet y Debré.

—Sí, y lo más importante para Fayard como para mí era atraparlos antes de que uniesen sus respectivos trozos del mapa y fuesen a por el botín.

—Está bien, pequeña. Vamos a visitar ahora a uno de los socios. A mi querido amigo Pierre Legrand.

—Yo también lo estoy deseando. Pierre Legrand tiene en estos momentos dos trozos del mapa, el suyo y el de Bernard.

—Que sumados al que tú tienes, nos da el mapa completo.

Ella sonrió con mucha dulzura.

—Cariño, creo que voy a prosperar enseguida.

—Eh, no te olvides de mí.

—Oh, sí, claro, los dos vamos a prosperar.

—Así está mucho mejor.

Cuando llegaron a la casa pintada de verde, René dijo:

—Ahora saldremos de dudas con respecto a si vive o no Pierre Legrand.

—Te lo podré decir enseguida. Yo vi una fotografía de los componentes del grupo. Sé quién es cada uno.

Subieron al porche y René apretó el timbre.

Transcurrieron unos segundos sin que abriesen. Entonces puso la mano en el tirador y empujó la puerta.

—Pierre —llamó.

No obtuvo respuesta.

Los dos entraron en el *living*. De repente, Madeleine lanzó un grito.

Había visto los pies de un hombre detrás del diván.

René ya estaba caminando hacia aquel lugar y Madeleine lo siguió.

El hombre estaba muerto. Era el patrón de René. Lo habían degollado. Sus ojos estaban abiertos, fijos en el techo.

—Bien, Madeleine —dijo—. ¿Es o no Pierre Legrand?

—Sí, es él. No hay duda.

René dio un suspiro.

—De todas formas, nos quedamos sin el tercer, trozo, y lo malo es que no sabemos quién lo pueda tener.

—El asesino.

—Chica inteligente —dijo René—. Pero ¿cuál de ellos lo mató?

En aquel momento se puso a sonar el timbre del teléfono.

Madeleine gritó otra vez sobresaltada.

—¿Quién será?

—Quizá lo sepamos si contesto. —René atrapó e auricular—. ¿Sí?

—¿Qué tal está, René? —Era una voz femenina.

—¿Quién es usted?

—Una mujer que sabe lo que se hace. Quiero darle un aviso, René.

—Suéltelo.

—Me va a dar el trozo del mapa que tiene.

—¿De qué habla?

—No sea estúpido, René. Sé que usted se apoderó del trozo que guardaba Alain Debré en su ojo postizo.

—Se equivoca.

—Sí, ya sé lo que me va a decir, que lo tiene la chica, Madeleine, pero ella está a su lado. No será muy difícil para usted quitarle lo que yo quiero.

—No hay trato.

—¿Por qué no?

—¿Qué ganaría?

—Digamos cien mil francos.

—Una décima parte del botín, ¿eh?

—Así es.

—Compra muy barato. Si yo tengo un tercio de mapa, me corresponde al menos un tercio del tesoro.

—Déjeme que lo piense.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—Un minuto. No cuelgue.

René cubrió el micro con la mano.

—Quiere entablar conversaciones.

—¿Quién es?

—Una mujer. No ha dicho su nombre.

—Mándala al infierno.

—Cariño, no estamos en situación de que yo le conteste eso —miró a Pierre—. Lo más probable es que ella nos envíe al infierno a nosotros. Ha dicho que tiene los otros dos trozos del mapa.

—Entonces, es la asesina de Pierre Legrand.

En aquel momento oyó otra vez la voz de su interlocutora.

—Está bien, René, tendrá un tercio. Usted y yo debemos reunirnos.

—¿Dónde, querida?

—En el número 28 de la calle Brunetiére.

—No, querida.

—Pero tenemos que vernos y no debe preocuparse. En el número 28 de la calle Brunetiére solo estaré yo.

—Es lo que usted dice, pero no me gustan las sorpresas.

—Tiene mi palabra de honor de que no habrá nadie conmigo.

—Le voy a decir una cosa, querida… Nunca me he fiado de una mujer ni de sus juramentos. Y hasta ahora, me fue bien por el mundo…

—Pero usted no tiene que desconfiar de mí.

—¿Es usted una ingenua o se cree demasiado lista? En este apartamento hay una muestra que me sirve de mucho… Al pobre Legrand lo afeitaron y no lo hicieron con demasiada delicadeza. A propósito de eso… ¿Quién fue el verdugo?

—René, no hablemos de cosas desagradables.

—Muy bien. Entonces, yo daré la cita…

—No iré a su apartamento o a cualquier otro.

René se echó a reír.

—¿Lo ve usted…? También desconfía.

—Es mi derecho.

—Y yo lo respeto. Pero no pensaba citarla en mi apartamento.

—¿Dónde, entonces?

—En un bar.

—Muy bien, le diré uno.

—No, querida. Soy yo quien elige…

—Es usted muy poco galante.

—Tengo que serlo cuando es mi cuello lo que está en juego…

—Diga de una vez dónde quiere que nos veamos.

—En Tombuctú, en la calle Pigallé. Tiene unos magníficos reservados. Dentro de una hora me encontrará en el número 3.

—Lleve su trozo de mapa.

—De acuerdo. No hay más que hablar. Perdone, pero me gustaría darle un nombre. ¿Me lo puede decir ahora que somos socios?

—Elsa —dijo ella y colgó.

CAPÍTULO VI

René dejó el teléfono.

—Eres un canalla —dijo Madeleine, furiosa.

—Tranquilízate, nena.

—Vas a hacer el trato con ella. Te he oído.

—No seas ingenua tú también. Llegaré a un acuerdo con esa mujer si me conviene.

—Oh, sí, claro, y a mí me dejaréis fuera. En eso consistirá vuestro acuerdo.

—Dulzura, nunca traiciono a un socio… —señaló al muerto—. Trabajé para él y lo hice con aseo… Tampoco tú tendrás queja de mí, si es que no te llegan a degollar como a él.

—Claro, esa mujer me degollará… O quizá esta vez seas tú quien maneje la navaja.

—Quítatelo de la cabeza.

—¿Cuál es el nombre de esa serpiente de cascabel?

—Elsa. ¿Te recuerda algo?

—No. Nada. Pero está claro.

—¿Qué es lo que está claro?

—Ella trabaja para Hubert Fayard…

—Quizá sí, quizá no. Hay demasiada gente en este lio…

—En estos momentos solo hay dos bandos. El de Elsa y el nuestro… Y te repito que decir Elsa es como decir Hubert Fayard, el hermano del difunto Jacques.

—Está bien. Dame el trozo del mapa.

—Que te crees tú eso.

—Lo necesito para ir a mi cita.

—No te lo daré.

—Debes tener confianza en mí —dijo René y echó a andar hacia ella.

—No te acerques más…

—Necesito acercarme. ¿Sabes que eres muy bonita? Sí, pequeña. Tienes un cuerpo precioso, y una cara que da gusto mirarla…

—Puedes decirme todo lo que quieras, pero no vas a conseguir lo que te propones.

—Bueno, quizá tengas razón… Cortaré un papel y lo haré pasar como el trozo del mapa. De esa forma estaremos seguros de que conservamos nuestro trozo.

—Eso está mucho mejor.

—Anda, vamos.

Salieron de la casa pintada de verde y viajaron en el «Jaguar».

—Te llevaré a tu casa —dijo René.

—Ni hablar de eso. Te esperaré en el coche mientras tú hablas con Elsa.

René dio la conformidad.

Poco después aparcaba cerca de su destino.

—No te muevas —dijo René.

—Aquí te aguardaré —contestó Madeleine.

René Bretón entró en el café Tombuctú.

La clientela era heterogénea.

Un camarero salió a su encuentro.

—¿Qué tal, señor Bretón?

—¿Está libre el reservado número 3, Paul?

—Hay un par de turistas americanos con unas chicas.

—¿Puedes cambiarlos? Quedé citado con una mujer allí.

—No se preocupe. Los cambiaré.

—Gracias, Paul.

Esperó junto al mostrador y al cabo del rato Paul le hizo una señal.

—Ya lo tiene listo.

René entró en el compartimiento.

Consultó su reloj.

Faltaban diez minutos para la hora.

Fumó un cigarrillo y lo tenía por la mitad cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Entró una mujer y cerró la puerta, apoyando la espalda en ella.

René la observó atentamente.

Era un magnífico ejemplar de rubia platino. Todo en ella era

armónico. El óvalo de su cara, con grandes ojos verdes, el busto desarrollado. Se cubría con blusa roja y falda negra. Sus brazos estaban desnudos y eran un primor.

Ella también lo observaba a él.

—Es usted tal como yo me imaginaba —rompió el silencio la joven.

—Usted no, Elsa.

—¿No?

—Usted es mucho mejor…

—¿Cómo imaginaba que era yo?

—Bastante fea…

La rubia platino sonrió.

—De modo que le gusto.

—Mucho. Usted es una orgía para los ojos.

—Sabe decir cosas bonitas —dijo ella y echó a andar hacia la mesa.

Ocupó una silla junto a René.

El camarero Paul entró.

René le había dicho que cuando llegase la mujer trajese un par de *whiskys*.

Dejó los vasos en la mesa y se marchó.

René tomó un vaso.

—Por nuestro negocio.

Ella hizo un gesto aceptando el brindis y los dos bebieron un trago.

—¿Para quién trabaja, Elsa? —inquirió René después.

—Para mí misma.

René se echó a reír.

—¿Lo encuentras divertido?

—Madeleine también dijo lo mismo que usted. Que trabaja para ella misma.

—Quizá las dos digamos la verdad.

—Pero Madeleine tenía un motivo… Era la prometida del difunto Jacques Fayard.

—Sí, lo sé.

—¿Cuál es su posición en el cuadro? Pero por favor, no me diga que es la hermana de Jacques Fayard.

—No, René. No lo voy a decir porque no sería la verdad.

—¿Cuál es la verdad?
—Yo soy la esposa de Jacques Fayard.

CAPÍTULO VII

Se había hecho un nuevo silencio tras la declaración de Elsa.

—Lo veo muy sorprendido.

—Sí, es para sorprenderse… Jacques era un tipo afortunado.

—¿Usted cree?

—La tenía a usted como mujer y a Madeleine como prometida. Se ve que Jacques Fayard era un tipo a quien no le gustaba perder el tiempo.

—Era un bastardo.

—¿No es demasiado cruel con su marido muerto?

—Me la estaba pegando con Madeleine, y me la iba a pegar con su tesoro de joyas. Los dos se iban a largar dejándome en la estacada.

—¿Está segura?

—Claro que lo estoy.

—¿Se lo dijo él?

—No, no me lo dijo, pero yo conocía sus intenciones. Jacques tenía un punto débil.

—¿Cuál era?

—Hablaba en sueños.

—No me diga.

—Sí, René, eso le pasaba. Por ello yo estaba al corriente de lo que se proponía hacer.

René se echó a reír.

—Es divertido que un tipo que se va a fugar con una fortuna se ponga a hablar en sueños.

—Y su linda mujercita juró que las cosas no pasarían como él había decidido.

—Creo que ahora van encajando las cosas. Usted fue quien pegó el soplo a Pierre Legrand, a Alain Debré, o a Bernard Mollet.

—Elegí a Alain para contarle el plan de mi esposo, pero Alain

era un hombre de pocas agallas. Cometí un error. Alain quiso contar con el apoyo de sus compañeros, Pierre Legrand y Bernard Mollet. Entre los tres le ajustaren las cuentas a Jacques. Pero, a la hora de la verdad, a mí me dejaron fuera. Lo muy canallas hicieron tres partes del mapa y no contaron conmigo.

—Y ahora usted se está vengando y ha empezado por matar a Pierre Legrand.

—Yo no lo maté.

—No me diga que usted le hizo una visita y que Legrand le entregó voluntariamente los dos trozos del mapa que poseía, el de él y el que yo le había entregado en la pierna ortopédica de Bernard.

—Cuando yo llegué al apartamento de Pierre Legrand, ya estaba muerto.

—Vaya, esa sí que es una originalidad en la historia.

—Alguien le mató antes de que yo llegase.

—Y se dejó olvidados los dos trozos del mapa, ¿verdad?

—Quizá el asesino se puso nervioso y no encontró el escondite donde Pierre Legrand había guardado los dos trozos del mapa.

—Y usted, como es muy inteligente, lo encontró enseguida.

—Me costó algún trabajo.

—¿Dónde lo había escondido Pierre?

—En el grifo del lavabo… El del agua caliente. Solo tuve que desenroscar la llave.

—Muchacha lista.

—Lo soy.

—Enhorabuena.

—Ahora dame tu trozo, René —lo tuteó Elsa.

—¿Crees que las cosas van a quedar así? Yo te cito aquí, te doy el trozo y se acabó.

—Firmaré un documento.

—Eso no serviría para nada, Elsa.

—¿Qué se te ocurre entonces?

—Será sencillo. Ponemos los tres trozos en la mesa y armamos el mapa… ¿De acuerdo, preciosa?

—Bien. Saca tu trozo.

René bebió un trago de *whisky* y chascó la lengua.

—No, nada. Te corresponde a ti primero sacar los dos trozos.

—Ni hablar de eso. Yo soy mayoría. Tengo dos tercios y tú solo tienes uno.

En aquel momento la puerta se abrió de golpe.

Un hombre entró con la pistola en la mano.

Era un tipo grandote con cara de poco inteligente.

René miró la pistola, luego al fulano y finalmente el bello rostro de Elsa.

—Nena, ¿qué es esto?

—Una encerrona —sonrió la rubia platino.

—Eso no está nada bien.

—Saca el trozo del mapa…

—Muy bien, lo sacaré —dijo René y llevó la mano hacia la axila.

—Quieto o te baleo —advirtió el tipo poco inteligente.

—Armarías demasiado ruido —contestó René.

El de la pistola sacó un silenciador del bolsillo derecho y, con un movimiento rápido y preciso, colocó el artilugio en el cañón.

—Bueno, ya está arreglado —dijo—. Sonará como el estampido de una botella de champaña cuando se descorcha.

—Te felicito, Marcel —dijo Elsa—. Eres un hombre que piensa en todo.

—Yo también te felicitaré, Marcel —repuso René—. Eres un chico con el que se puede contar para un buen asesinato.

La hermosa Elsa dijo:

—Pero tú no querrás que te asesinen, ¿verdad?

—Soy muy joven, y he pensado que algún día tendré una esposa y unos hijos, y una casa con jardín…

—Verás tus sueños realizados si trabajas mucho.

—Eso es lo, malo. Que no me gusta el trabajo, como a vosotros.

—Anda, saca el trozo del mapa, René.

—No lo tengo.

—¿Qué?

—Ya lo he dicho. No lo tengo.

—Te vas a ganar una bala, estúpido.

—Podrás decir a tu verdugo que me mate, pero no conseguirás el trozo del mapa porque no lo traje.

—No te creo, René.

—Lo malo que tienen las mujeres como tú es que creen que los demás son idiotas…

Marcel intervino:
—¿Me lo cargo ya?
—No. Todavía no.
—Creo que te está engañando, Elsa. Él tiene el trozo del mapa. Lo liquido en un suspiro y luego lo registro.
René no perdió la sonrisa.
—Puedes matarme, pero si después del registro no encontráis el trozo de mapa ¿qué va a pasar?
Hubo una pausa y Elsa preguntó:
—¿Por qué no lo trajiste?
—Porque no me fiaba de ti, ya que te lo advertí.
—¿Quién lo tiene?
—Un pajarito.
—Ya sé. El pajarito se llama Madeleine.
—Es posible.
—¿Dónde está ella?
—Quién sabe.
—Será mejor que lo digas.
—¿Cómo puedo decírtelo si lo ignoro?
Elsa ladeó ligeramente la cabeza.
—Marcel, ¿estuviste en el apartamento de ella?
—Sí. Madeleine no estaba. Hice un registro. Destripé hasta los almohadones de las sillas. Pero allí no había ningún trozo de mapa…
Elsa dio un suspiro.
—René, te encuentras en una situación muy mala. Sería mejor que colaborases.
—Eso quisiera yo. Colaborar para salvar mi piel. Pero ya ves cómo son las cosas. No puedo hacer nada por ti ni por mí.
—Ponte de cara a la pared.
—¿Para qué?
—Obedece.
René cumplió lo que le ordenaban.
Entonces, la joven fue por detrás.
Lo primero que hizo fue quitarle la pistola y luego le registró los bolsillos.
No encontró lo que buscaba.
—Eres un imbécil, René.

—¿Puedo ya volverme?

—Sí.

René dio la vuelta sonriente.

—Nena, ya te dije por teléfono que no me fío de ninguna mujer.

—Va a ser peor para ti.

—¿De veras?

—Marcel —dijo con sequedad—. Liquídalo en cuanto yo me haya marchado.

—Sí, Elsa.

La rubia platino se dirigió hacia la puerta.

—Espera —dijo René.

—¿Qué quieres?

—Si me matas será una muerte estúpida. No tengo el trozo del mapa. ¿Por qué infiernos me vas a quitar la vida?

—Hay un millón de francos en juego. Te haré una comparación. Éste es un panal al que acudieron demasiadas moscas. Quiero despejar un poco el ambiente. Tú eres un entrometido, un tipo que se metió en el asunto por carambola. Debiste estarte quieto. Pero tú has creído que podrías jugar solo. No, René. No puedo permitirme el lujo de admitir rivales en esta partida. Te vas al infierno y yo, me quedo más tranquila.

—¿Y cómo vas a recuperar el trozo de mapa que te falta?

—Ya me las arreglaré con Madeleine.

—Te quiero hacer una oferta.

—Habla.

—Jugaré en tu bando…

—Vete al infierno.

—Le sacaré el trozo de mapa a Madeleine.

—No puedo creerte. Conozco bien a los tipos como tú. Se la pegan al primero que se les pone por delante.

—Te demostraré que te equivocas.

—Cuéntaselo a Satanás, cuando llegues al infierno… Hasta la vista.

—¡Elsa! —dijo René, pero la rubia salió del reservado.

René quedó a solas, enfrentado a su verdugo.

Marcel sonrió.

—Bonita chica, ¿eh?

—Muy hermosa. Te felicito, Marcel. Te supiste buscar un

atractivo jefe.

—Eso digo yo.

—Pero tú no la vas a obedecer.

—¿No?

—No tienes que quitarme del medio, Marcel. Te mancharías las manos de sangre y eso siempre es peligroso.

—Soy un tipo muy limpio cuando he de matar. Siempre utilizo pistola.

—¿Y tu conciencia?

—¿Qué es eso?

—Sí, debí suponer que no tienes idea de lo que es. Pero ¿qué te parece esto? Te daré mil francos.

—Yo paso.

—Cinco mil.

—Tú no has tenido cinco mil francos en todos los días de tu vida, René.

—Puedo probar que los tengo.

—Oh, sí, me vas a decir que te acompañe a tu casa, o que me espere a mañana para ir al Banco, en donde tienes una estupenda cuenta corriente.

—No, no iba a decir tal cosa.

—¿Qué es?

—Me guarda el dinero una amiga. Da la casualidad que vive muy cerca de aquí.

Marcel se pasó la mano libre por la mejilla.

René pensó que aquel titubeo podía significar un rayo de esperanza.

—Llegaremos en cinco minutos andando —martilleó en caliente.

—No, no me conviene.

—No seas tonto. Yo me apartaré del asunto y puedes decir a Elsa que me mataste.

Transcurrieron unos segundos mientras Marcel meditaba en la oferta que René le había hecho.

Finalmente hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, muchacho, no hay arreglo. Prefiero cobrar de Elsa.

René apretó los maxilares. No le había valido de nada su estratagema.

Entonces, saltó sobre el hombre encargado de matado.

CAPÍTULO VIII

La pistola se disparó.

René había atrapado ya la mano que la empuñaba y la bala chocó contra la pared.

El siguiente paso de baile fue que René dio un tirón fuerte del brazo de Marcel.

El grandullón fue volteado con limpieza.

Cayó sobre la mesa que casi convirtió en astillas.

Sin embargo, era un tipo fuerte y en un momento se puso en pie.

René también se estaba dando mucha prisa, pero no pudo evitar que Marcel le alcanzase la cara.

Luego, Marcel fue en busca de su pistola.

René saltó sobre él y le pegó un rodillazo en el vientre.

Marcel soltó una terrible maldición y embistió a René con la furia de cien bueyes.

René dedujo que aquel tipo sería un buen conocedor de las reglas del *catch*.

Tenía que dejarlo fuera de combate antes de que le partiese la espina dorsal en dos pedazos.

Le pegó en el bajo vientre con el pie.

Cuando Marcel se agachaba, le colocó un terrible gancho de izquierda.

Marcel voló hacia el techo y se derrumbó en el suelo en donde quedó inerte.

René lo miró resoplando.

Atrapó la pistola con el silenciador, la guardó en el bolsillo y salió de reservado.

Sentía temor por la suerte de Madeleine.

Elsa se había marchado sin decir nada, pero quizá ella había imaginado que Madeleine se encontraría cerca del local.

Al llegar al auto, vio que estaba vacío.

Hizo rechinar los dientes.

Eso quería decir que Elsa se había llevado a Madeleine.

La rubia iba a tener los tres trozos del mapa y eso acabaría la aventura.

Elsa se lo llevaba todo. El millón de francos.

Y cuando encontrase a Madeleine, ella estaría para ocupar un ataúd.

—¿Qué pasó, René? —Oyó una voz.

Se volvió y vio en la esquina a Madeleine.

—Debería abofetearte, cariño.

—¿Por qué?

—Por no estar en el auto. Menudo susto me pegaste. Creí que habían acabado contigo.

—Eso me indica que tu flamante negocio salió mal.

—Sí.

—Elsa te había preparado un recibimiento.

—Con orquesta y todo… Un revólver con silenciador manejado por un tipo dispuesto a levantarme la tapa de los sesos.

—Ya te lo advertí que esa mujer trataría de dejarnos con un palmo de narices.

—No podía hacer otra cosa que acudir a su cita. Y también quería sacar ventaja. Recuerda que no fui allí con el trozo del mapa.

—Porque no te lo quise dar.

—Lo habría dejado en el auto al separarme de ti… Solo deseaba que tú me dieses el trozo para que salvases la piel. Pensé que si no llevabas esa mercancía encima, tendrías más posibilidades de seguir viviendo.

—Eres un tipo muy considerado.

—Anda, vamos al coche —dijo René.

Se metieron en el «Jaguar» y encendieron cigarrillos.

René contó a Madeleine lo que había ocurrido en el reservado número tres del café Tombuctú.

—¿Qué podemos hacer ahora?

—Iremos a tu apartamento.

—¿Para qué?

—Ellos saben que tú vives allí. Elsa querrá hablar otra vez con nosotros.

Cuando entraron en el apartamento de la joven, se dieron cuenta

de que Marcel no había mentido.

Era como si por allí hubiese pasado un ciclón.

—Ese desgraciado me las va a pagar —dijo Madeleine.

—No te preocupes, nena. Cargaremos los gastos en la cuenta de Elsa.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—¿No te lo dije? Ya tenemos aquí a la rubia —descolgó el auricular.

—Hola, hijo de perra —dijo una voz que identificó como la de Elsa.

René rio por el micro.

—Nena, se ve que estás un poco furiosa.

—Se la jugaste a Marcel.

—No me gusta que me maten. Es una costumbre que adquirí hace mucho tiempo.

—Está bien, gran hombre. Cartas sobre la mesa.

—¿Qué tratas de sugerir, Elsa?

—Haremos sociedad y será a partes iguales.

—Lo siento, pequeña. Ahora te conozco y sé hasta dónde serías capaz de llegar.

—No seas cabezota. Yo tengo dos trozos del mapa y tú y Madeleine solo tenéis uno. He pensado bien en el asunto. ¿Por qué infiernos hemos de hacernos la guerra? Juntos podremos lograr una fortuna.

—Estaré de acuerdo contigo si yo soy el jefe.

—Trato hecho.

—Tú vendrás aquí con Marcel y completaremos el mapa.

—De acuerdo.

—Una advertencia, rubia. No trates de jugármela otra vez o te aseguro que te mando con tus antepasados.

—Esta vez no habrá sorpresas.

—Eso espero… por tu bien.

—Estaremos ahí en media hora.

René oyó que colgaban a la otra parte y él lo hizo a continuación.

Madeleine se echó a reír.

—Por fin hiciste algo que valió la pena.

Fue a su dormitorio y reapareció poco después con una pistola

en la mano.

—Eh, ¿qué vas a hacer, Madeleine?

—Liarme a tiros con la rubia.

—Guarda el arma. No te va a servir.

—Es lo que tú crees.

—He dicho que soy el jefe. Tú y Elsa me vais a obedecer.

—¿Es que te vas a meter con la pandilla?

—Fue lo que dije.

—Estás chiflado. Esa fulana solo quiere el millón para ella. ¿Es que todavía no lo has comprendido?

—La ataré corto.

—Lo mismo dijiste cuando te reuniste con ella en el reservado del Tombuctú. ¿Y qué pasó?

—Ahora las cosas no van a ocurrir como Elsa ha pensado. Guarda esa pistola.

Madeleine titubeó unos instantes y por fin guardó la pistola bajo un almohadón del diván.

—Pequeña —dijo René—. Tráeme un *whisky*.

Madeleine se fue al bar.

Preparó dos *whiskys* y dio uno a René.

La joven se tendió en el diván con un vaso en la mano.

Pasaron veinte minutos.

El timbre sonó.

Madeleine introdujo la mano en el almohadón.

—Deja esa pistola quieta —dijo René mientras acudía a abrir.

Elsa estaba en el corredor en compañía de Marcel.

—Adelante, socios —dijo René.

Madeleine se había puesto en pie y manejaba la pistola con la diestra.

—Escupe los dos trozos del mapa, rubia.

Elsa miró a René.

—Si este es vuestro proyecto, demostráis tener muy poco seso. ¿Creéis que iba a venir aquí, como una paloma, sin tomar precauciones? Anda, René asómate a la ventana y verás en la esquina a un par de tipos. Trabajan para mí y tienen orden de no dejaros salir vivos de aquí sin mi salvoconducto.

René fue a la ventana.

Efectivamente en la esquina, junto a un farol, vio a dos hombres.

Se volvió hacia Madeleine.

—La rubia dice la verdad.

Elsa esbozó una sonrisa.

—Sí, Madeleine, guarda la pistola y empecemos a trabajar.

Madeleine volvió a dejar la pistola bajo el almohadón.

Elsa exhaló el aire de sus pulmones y dijo:

—Anda, rojiza, saca el trozo del mapa.

—Que te crees tú eso, rubia de pega. Primero vas a sacar tú los dos pedazos…

—Eh —intervino. René—. No se harán así las cosas, muchachas. Yo seré quien lo organice.

El grandullón Marcel dio dos pasos hacia René.

—A ti te voy a arreglar yo.

—¿De qué forma?

—Incrustándote los dientes en la nuca.

—No me gustaría comer por detrás. De modo que te vas a estar quietecito, Marcel. O vas a recibir ahora doble ración.

Marcel levantó los puños, pero Elsa dijo:

—¡Estate quieto, Marcel!

Marcel miró a la rubia platino y dijo:

—Esto lo podría arreglar yo en un momento.

—¿Como lo arreglaste en el reservado?

—Me pilló desprevenido.

—Cierra la boca, Marcel. No quiero oírte en la próxima media hora, a menos que él o ella se comporten con malas maneras.

Marcel soltó un gruñido y bajó los brazos.

René Bretón rio.

—Da gusto formar parte de una familia tan bien avenida.

—Déjate de chistes —repuso Elsa—. ¿Qué es lo que se te ocurre para que las cosas vayan bien?

—Va a ser sencillo. Tú y Madeleine pondréis los trozos del mapa sobre esa mesa central, una por la derecha y otra por la izquierda.

—¿Y qué más?

—Yo armaré el mapa.

—¡Y un cuerno lo vas a armar tú!

—Debes fiarte de mí. Soy el único neutral en todo este jaleo.

—¿A quién se lo cuentas? A ti también te interesa el millón de francos…

—Esto es una sociedad —contestó René—. Y los tres somos socios de ella. ¿Por qué estropearlo todo, cuando puede haber, dinero para los tres? Vosotras sois enemigas irreconciliables y nunca os pondréis de acuerdo sobre la que debe dar el primer paso… Las dos erais rivales en vida de Jacques Fayard. Tú, Elsa, eras su esposa, y tú Madeleine eras su amante. Ésa es la pura verdad. Os odiáis con todas vuestras fuerzas y si yo no estuviese en medio de esta mezcla saldría un explosivo más fuerte que la dinamita. Si queréis que todo salga bien y que al final comamos perdices, debéis confiar en mí.

Hubo una pausa.

Las dos jóvenes se miraron a hurtadillas.

Finalmente, rompió el silencio Madeleine.

—Yo estoy de acuerdo.

—Y yo también —dijo Elsa.

—Bravo, muchachas —repuso René—. Cuando yo cuente tres, las dos os ponéis en marcha hacia la mesa y colocáis los trozos del mapa sobre ella. ¿Preparadas? —Las dos mujeres asintieron con la cabeza—. Una, dos y tres…

Elsa y Madeleine se pusieron en movimiento hacia la mesa, se detuvieron y abrieron el bolso.

Elsa extrajo dos papeles y Madeleine uno que dejaron encima.

En ese momento se abrió la puerta de golpe.

Todos se volvieron.

Habían entrado en la habitación los dos hombres que René había visto a través de la ventana y que había traído Elsa.

—Eh, ¿qué hacéis aquí? —dijo la rubia platino—. Os ordené que esperarais en la calle.

Ninguno de los dos hombres contestó.

Se oyeron pasos en el corredor y entró en la estancia un tipo muy alto, de piel oscura y ojos negros.

—¿Cómo estáis, queridas? —saludó con una sonrisa en la que mostró unos dientes cortantes como los de un lobo.

—Bastardo, ¿qué haces aquí? —dijo Elsa.

—Yo soy el más interesado en este negocio… Prometí que sería él ganador y lo voy a ser.

—¿Quién es, Elsa? —preguntó René.

—Hubert Fayard, el hermano de Jacques. El bicho más repugnante que existe sobre la tierra…

CAPÍTULO IX

Elsa se dirigió a los dos hombres que habían precedido en la entrada a Fayard.

—Menudo par de canallas que estáis hechos. Os vendisteis a Hubert.

El más alto, que era casi calvo, dijo:

—Él pagaba más.

—Yo os pagaría con plomo.

Hubert Fayard echó a andar hacia la mesa, pero Elsa le interrumpió el paso.

—¿Qué vas a hacer, Hubert?

—He dicho que soy el ganador y por lo tanto me quedo con todo.

—No tienes derecho al mapa.

—¿Quién dice que no?

—Soy la esposa de Jacques.

—Oh, sí, la fiel y abnegada esposa de mi hermano.

—Fui para él una buena esposa, a pesar de que Jacques me engañaba con Madeleine y con otras.

—¿Qué hacías tú, entretanto?

—Nada, no hacía nada.

—¿Crees que no conozco tu forma de vida? ¿Imaginas que no estoy enterado de tus andanzas mientras Jacques estaba en Argelia? Te divertías con unos y con otros. Querida cuñada, eres lo menos parecido a una fiel y abnegada esposa.

René vio por el rabillo del ojo que Madeleine se estaba aproximando al almohadón bajo el que había escondido la pistola.

Elsa pegó un zarpazo a Hubert, pero este le soltó una terrible bofetada.

La rubia platino se desplomó en el suelo.

Fue entonces cuando Madeleine logró meter la mano bajo el

almohadón y sacó el arma.

Se volvió rápidamente y ya estaba haciendo fuego.

La bala fue recibida por el hombre calvo, quien tambaleándose, hizo fuego a su vez sobre Madeleine y Marcel.

La pelirroja lanzó un grito y se desplomó. Marcel le hizo compañía.

Todos los personajes que formaban parte del grupo se movieron como epilépticos.

René no se quedó atrás y también exhibió su arma.

Hubert se dejó caer de rodillas ante la mesa en que estaba el mapa. Con una mano atrapó los trozos de papel que valían un millón de francos, y con la otra manejaba la pistola.

Elsa se había levantado y se arrojó sobre él.

René puso en marcha un proyectil y el compañero del calvo retrocedió con la cara convertida en un despojo.

Hubert hizo fuego a boca jarro.

Elsa lanzó un aullido porque había recibido el impacto en el estómago y cayó sobre Fayard.

René perdió un tiempo precioso porque ya no podía disparar sobre Edgard. Su bala la habría recibido Elsa por la espalda.

Entonces Fayard pasó la pistola por debajo, de la axila de Elsa y disparó.

René sintió una explosión en su cerebro.

Todo giró a su alrededor.

Le pareció que salía de aquella estancia, de París, del planeta, y volaba por los espacios siderales, sumergido en una noche fría, y las estrellas le hacían guiños a su paso.

René volvió en sí.

Estaba tendido en la cama de un hospital.

A su lado había una enfermera.

Era morena muy bonita.

—Eh, ¿cómo estoy aquí?

—Es costumbre traer a lugares como este a los hombres que están heridos.

—¿Cuál es su nombre?

—Jeanne.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Doce horas.

—¿Y los demás?

—Supongo que se refiere a los cadáveres del apartamento donde usted fue encontrado por la policía.

—Claro. No le pregunto por mis abuelos. Sé que están muy bien en Burdeos.

—Todos estaban muertos.

—¿Las chicas también?

—Sí.

René sintió que los oídos le zumbaban.

—¿Qué pasó conmigo?

—Tuvo una gran suerte.

—Sí, creo que la tuve —dijo René y tomó una mano de la enfermera—. Deme un beso.

—¿Se ha vuelto loco?

—Solo quiero cerciorarme de que de veras continúo en la tierra. Que esto no es un sueño, que no fui a parar al más allá…

—Existe otro procedimiento para que se dé cuenta de que sigue en el mundo.

—¿Cuál es?

—La policía.

—No la entiendo.

—Ahí fuera está el comisario Tissier y un inspector… Están esperando que usted recupere el sentido para tomarle declaración.

—Me van a sacar muy poco.

—Entonces, lo encerrarán… En París nunca se había matado este año a tanta gente de una sola vez. Dos mujeres y tres hombres muertos… Bueno, hay que agregarlo a usted… Una bala le había rozado el cráneo. Solo le quitó un poco de pelo y le trazó la silueta en el hueso. Fue lo que le dejó fuera de combate hasta ahora.

—Jeanne, me va a ayudar.

—¿A qué?

—A escapar de aquí.

—Ni lo piense. Jamás ayudo a un delincuente.

—Eh, Jeanne, no es justa conmigo. No soy un criminal.

—Es lo que usted dice.

—¿Tengo yo cara de asesino?

La joven lo miró con fijeza. Había una sonrisa en sus labios.

—Todos dicen lo mismo.

—No ha contestado a mi pregunta Jeanne.

—Prefiero no contestar.

—Está bien. Me ahorraré de oírle una respuesta, aunque sea desfavorable para mí.

—No tiene cara de asesino, pero me parece uno de esos tipos frescos.

—Gracias —dijo René y tiró de la mano de la joven.

Ella dio un gritito al caer en la cama.

René la besó en los labios.

Ella se debatió y al final logró desasirse.

—No debió hacer eso.

—Ya le he dicho que no había mala intención… Todo lo contrario. Era agradecimiento por la ayuda que me ha de prestar para salir de aquí.

—¿Qué cree que soy? ¿Una de esas chicas a las que acostumbra a convencer poniendo en práctica su experiencia amorosa?

—Habla como una solterona.

—Solo soy una chica soltera de veintitrés años.

—Pero se convertirá en una solterona si continúa pensando de esa forma.

—¿Qué tiene que decir de mi forma de pensar?

—Se deja llevar por la rutina. Ya lo ve, le traen un herido, un inocente, ¿y qué hace usted? Lo quiere echar en manos de la policía.

—Oiga, usted fue quién se echó al meterse en un caso en el que hubo cinco muertos… Y ahora, ya basta. Le voy a decir al comisario Tissier que puede entrar.

René vio que la joven se iba hacia la puerta y soltó un aullido de dolor.

—¡Espere, enfermera!

—¿Qué le pasa?

—Me parece que voy a perder el sentido.

—Cuentos. No hizo falta que le vendásemos la cabeza. Solo tiene un esparadrapo. Ocurrió una cosa, señor Bretón. Tenía mucho sueño atrasado y empalmó su desvanecimiento con el sueño natural. El doctor recomendó que debía dormir porque eso era bueno para que se restableciese su sistema nervioso.

—Ya veo que el doctor es más considerado… Y apuesto a que él

dice que debo continuar durmiendo.

—Es posible.

—Entonces, llame al comisario, dígale que continúo durmiendo.

—Lo siento, pero si dijera eso no cumpliría con mi obligación — dijo la joven, y salió de la estancia.

René soltó una maldición para sus adentros. La enfermera era muy bonita, pero demasiado eficiente.

Oyó cómo la puerta se abría otra vez.

Dos hombres entraron con la enfermera.

—Soy el comisario Fernand Tissier —dijo un tipo rechoncho—. Y este es el inspector Pérec. Celebro que esté mejorado, señor Bretón.

—¿Quién le ha dicho que estoy mejorado?

—La enfermera.

—Todo sigue dando vueltas a mi alrededor. Creo que me voy a volver loco.

—Antes de que se vuelva loco, quiero que me explique lo que pasó en aquella casa.

—¿A qué casa se refiere?

—A la que usted fue encontrado con cinco cadáveres.

—Dios mío, no sé nada de eso.

—Sabemos su nombre, René Bretón, y también sabemos algunas cosas de usted. Por ejemplo que es un aventurero, un tipo que vive a costa de los demás.

—No me gusta su concepto del aventurero.

—No pido que le guste, pero no hablemos ya de eso, sino de lo que pasó en aquella casa.

—Comisario, deme algún tiempo. Ahora me encuentro muy enfermo.

—La enfermera ha dicho que puede hablar.

René dirigió una mirada asesina a Jeanne.

—Está bien, comisario. Confesaré. Fue una venganza.

—¿Una venganza?

—Robert Fayard quiso vengar a su hermano muerto, Jacques.

—Continúe.

—Jacques estaba casado con Elsa y tenía una amante, Madeleine. Pero resulta que las dos mujeres lo engañaban. Hubert Fayard es un desequilibrado mental y juró cargarse a las dos

mujeres.

—No me gusta esa historia.

—Yo no tengo otra que ofrecerle, señor comisario.

—Aparte de las dos mujeres, había tres hombres muertos. ¿Por qué murieron ellos? ¿También porque Fayard se quiso vengar?

—Eran guardaespaldas que Elsa y Madeleine habían contratado… Pero resultó que los dos que pagaba Elsa se pasaron al bando de Hubert Fayard.

Hubo un silencio.

El comisario sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la frente.

—Señor Bretón, está diciendo una sarta de mentiras.

—No debe decir eso, comisario.

—Tengo la prueba.

—¿A qué prueba se refiere?

—El Jacques Fayard al que usted se refiere, esposo de Elsa y amante de Madeleine, murió asesinado hace unos años… Formaba parte de un comando OAS que se dedicaba a la obtención de dinero.

—Está usted más informado que yo.

—¿No lo sabía?

—Ya se lo he dicho, comisario.

—¿Y cómo entró usted en contacto con esta gente?

—Madeleine me pidió que la ayudase. Estaba muerta de miedo y pensaba que Hubert Fayard había decidido matarla.

—Es raro.

—¿A qué se refiere? Hay muchos hombres que tienen deseos de matar.

—Me refería a que Hubert Fayard dejó correr no menos de cuatro años para vengar a su hermano…

—Quizá tuvo mucho que hacer durante este tiempo y hasta ahora no encontró un rato libre.

—No me gustan los chistes, señor Bretón.

—Siento que no posea sentido del humor.

—Y yo siento mucho que usted no me esté diciendo la verdad, señor Bretón. Es mi deber decirle que su actitud es muy peligrosa… En cualquier momento puedo acusarlo a usted de cinco muertes.

—¿Cinco nada más? ¿Por qué no me carga también las que no hayan solucionado durante los últimos seis meses?

—Con las cinco tiene usted bastante.

—Es usted muy amable.

—Señor Bretón, voy a hacer una comprobación. Solo estaré una hora o dos ausente, pero cuando vuelva al hospital quiero oír la verdad. Si no me la dice, irá usted a parar a la cárcel. El inspector Pérec se quedará para custodiarlo.

El comisario Tissier salió de la habitación.

El inspector, dando un suspiro, se sentó en una silla.

—¿Está satisfecha, Jeanne? —preguntó René a la enfermera.

—Desde luego —contestó ella, levantando la barbilla.

—Le felicito. Va a mandar a un hombre al patíbulo, a un inocente, y ese soy yo…

—Yo soy enfermera y no policía.

—Oh, sí, claro. Perdón. Debe tener la conciencia tranquila. Si yo le dijese que van a cometer un error conmigo, le podría quitar el sueño.

—Lo siento, pero he de atender a otros enfermos.

—Espero que tengan más suerte que yo.

—No debe quejarse. Ya se lo dije. Usted se lo buscó —contestó Jeanne y salió de la habitación.

Al quedarse a solas con el inspector, René dijo:

—¿Tiene un cigarrillo?

—No debe fumar.

—¿Ordenes de su jefe?

—No acostumbramos a dar de fumar a los enfermos…

—Muy considerado, inspector.

—Yo en su lugar aprovecharía mejor el tiempo. Por ejemplo, para variar, sería sincero con el comisario, y le contaría la verdadera historia de esa matanza.

—Eso haré.

—Cuéntemela a mí.

—Oh, no. Tengo que pensar mucho… Ya sabe, recibí la herida en la cabeza y mi cerebro todavía no está en condiciones.

Transcurrió media hora.

René estaba pensando en la forma de escapar de allí, pero no daba con ninguna buena. ¿Dónde estaban sus ropas? No podía escapar en pijama. Lo atraparían enseguida.

Decididamente, el comisario lo tenía en sus manos.

Entró Jeanne. Traía un paquete.

—Esto ha llegado para usted, señor Bretón.

—¿Quién lo envía? —preguntó René.

—No lo dijeron. Alguien lo entregó a una enfermera en el vestíbulo.

El inspector se puso en pie.

—Démelo. Yo lo abriré.

—Desde luego.

El inspector atrapó el paquete que Jeanne le alargaba y lo acercó a la oreja.

—No hace ruido —dijo.

Quitó el hilo del paquete y lo deslió.

—¡Cielos! —exclamó el inspector—. Es un ataúd.

René miró aquel objeto y dijo:

—Sí, no cabe duda de lo que es. Me mandaron un ataúd como obsequio.

—¿Sabe quién se lo envía? —preguntó el inspector.

René no tenía duda con respecto a quien le mandaba el ataúd. Era Hubert Fayard, pero ¿por qué hacía eso? ¿Para que tuviese la boca cerrada? Hubert se había enterado de que él, René, no había muerto en el apartamento.

El inspector abrió el ataúd y dijo:

—Dentro no hay nada, señor Bretón.

—¿Qué esperaba? ¿Bombones?

Jeanne preguntó:

—¿Cuál es el significado de este regalo, señor Bretón?

—¿No se lo imagina, Jeanne? Un ataúd solo sirve para encerrar a un muerto.

—Pero usted es mucho más grande que este ataúd.

—No le sirve —el inspector rio sus propias palabras mientras dejaba el ataúd en la mesilla de noche—. Ahí lo tiene, señor Bretón. Quizá su vista le ayude a soltar todo lo que sabe.

Jeanne se marchó otra vez y el inspector volvió a ocupar su silla.

—Eh, amigo —dijo de pronto René.

—¿Qué le pasa?

—¿Quiere acercarse a mullirme la almohada?

Si se acercaba el inspector, podría ponerlo fuera de combate. Naturalmente, utilizaría los puños para ello; después se pondría sus

ropas. Ésa era la única solución.

—Puede mullirse usted mismo la almohada.

—No puedo.

—Claro que puede, no le pasó nada en los brazos.

—Pero me duele la cabeza.

—Oiga, Bretón, le aconsejo que no trate de escapar.

—No he pensado en eso.

—Claro que lo ha pensado. Por eso me pidió que le mullese la almohada. Le diré algo, Bretón. No puede pasar dos veces la misma cosa… Hace un par de años se me escapó un detenido que estaba como usted en una habitación de un hospital. Y fíjese si el mundo es un pañuelo. Él también me pidió que le arreglase la almohada. Tiene mala suerte, René. Llega un poco tarde.

René soltó una retahíla de imprecaciones.

Tal como estaban las cosas, su destino era la cárcel.

En aquel momento apareció Jeanne.

—Inspector, le llaman por teléfono. Es su jefe.

El inspector se levantó para coger el teléfono que había sobre la mesilla de noche.

—No, ese no —le rectificó Jeanne—. Es el que está en la cabina, al final del pasillo.

—Muy bien. Cerraré la puerta con llave.

—Yo me quedaré —dijo Jeanne.

—A pesar de eso, cerraré con llave —dijo el inspector y salió de la estancia.

—Señor Bretón —dijo Jeanne—. Le ayudaré a escapar.

—Magnífico. No perdamos tiempo.

—Ahora no puede ser. Tendrá que escapar esta noche.

—No puedo escapar esta noche, por la sencilla razón de que para entonces yo no estaré aquí. ¿No oyó al comisario? Me trasladará a la cárcel.

—Pero yo ahora no puedo hacer nada.

—Entonces, tendré que hacerlo yo.

—¿Qué se propone?

Jeanne no dijo nada y echó a andar hacia la puerta.

—No puede salir. El inspector cerró con llave.

—Jeanne, tiéndase en el suelo.

—¿Para qué?

—Supuestamente, le habré pegado un golpe en la cabeza.

—¿Va a atacar al inspector?

—No se preocupe. No lo voy a matar.

—Pero no puede hacer eso. Si consigue escapar y lo atrapan de nuevo, no tendrá salvación.

—Oiga, Jeanne, de los cinco muertos que encontraron, yo solo maté a uno y lo hice en legítima defensa. Puede estar tranquila. Ya se lo dije antes. No soy un asesino…

La joven se acercó a René.

—El comisario no se atreverá a llevarlo hasta que esté mejor…

—Estoy perfectamente. Además, hay otra cosa. El comisario debe haber descubierto algo con respecto a Hubert Fayard. Por eso ha querido hablar con el inspector. Lo siento, nena, pero no puedo esperar… Y la única forma de hacerlo bien es esta —así diciendo, René le pegó un puñetazo en el maxilar y con el otro brazo la tomó por la cintura.

Jeanne se desmayó.

René la besó en los labios antes de dejarla en el suelo.

Se tuvo que mover muy aprisa al oír la llave en la cerradura.

El inspector entró y se detuvo al ver a la enfermera en el suelo.

Empezó a volverse llevando la mano a la axila.

Pero, en ese momento, René le pegó en el cuello con un golpe de judo.

El inspector cayó como un saco.

René cerró la puerta y en unos minutos se puso el traje del inspector.

Le venía un poco holgado, pero resultaba bueno para marcharse.

Recordó que olvidaba algo. El ataúd que había recibido como obsequio.

Lo guardó en el bolsillo y salió de la habitación.

Utilizó la escalera en lugar del ascensor.

Poco después llegaba a la calle.

Se dirigió a un hotel que estaba regentado por su amiga Colette Sagan, una mujer de treinta y cinco años, morena, hija de un camboyano y una francesa. Sus rasgos faciales eran orientales, pero le prestaban una gran belleza.

Colette, al verlo entrar en su establecimiento, lo miró como si fuese el mismísimo diablo.

—Lárgate, René.

—¿Qué te pasa, Colette?

—Cada vez que vienes armas un lío de los grandes.

—Esta vez no.

—La última fue sonada. Me causaste desperfectos por un valor de cincuenta francos.

Colette se refería a una lucha que René había entablado con la pandilla de Jean-Paul el Marsellés, un tipo que se dedicaba a la trata de blancas.

Reiré había salvado a una muchacha de ir a parar a las manos de Jean-Paul, pero para ello tuvo que utilizar sus puños y un par de pistolas.

—Seguro que estás metido en algún jaleo —dijo Colette, no muy convencida de la seguridad que le daba René.

—No, nena, te equivocas. Ahora no estoy metido en ningún lío. Disfruto de unas vacaciones…

—No sé de nadie que pase sus vacaciones en París. Todos se van al Sur… A España.

René le rozó hábilmente con sus dedos el brazo derecho y sintió cómo ella se estremecía.

Los ojos de Colette fueron perdiendo poco a poco la belicosidad.

—Te daré una habitación, grandísimo tramposo.

—Buena chica.

—Pero no dejaré que entre ninguna mujer contigo.

—¿Quién habla de una mujer? —dijo René, recordando a Madeleine y a Elsa, que habían muerto a causa de su ambición.

Colette le dio la llave de la habitación número catorce.

René hizo un gesto de despedida y subió por una angosta escalera.

En cuanto se encontró en la habitación, se quitó la chaqueta y se acostó en la cama.

El tabaco que fumaba el inspector Pérec era negro y fuerte.

La puerta se abrió de golpe y René se incorporó en la cama, sobre los codos.

Tenía un visitante. Un hombre a quien ya conocía.

Era Alain Debré. El Tuerto, el hombre que había guardado en el ojo postizo un trozo de mapa del tesoro.

Tenía una pistola en la mano.

Detrás de él apareció otro hombre a quien también conocía. Era Bernard Mollet, el individuo de la pierna ortopédica, que también había escondido un trozo del mapa.

CAPÍTULO X

Bernard Mollet sonrió de dientes afuera.

—¿Cómo está, señor Bretón?

—Estaba mal, pero me voy a poner mucho peor con esta visita.

—Cuánto lo siento.

—Se compró ya otra pierna, ¿eh?

—Sí —dijo Bernard y se golpeó la pierna artificial—. Pero yo prefiero la otra, la que usted se llevó. Me comprende, ¿verdad?

René dio un bostezo.

—Oigan, amigos, vinieron a una dirección equivocada. Admito que estuve metido en el jaleo, pero ya me sacaron…

Alain Debré se acercó a la cama por el lado izquierdo y apuntó a la cabeza de René.

—Lo sabemos todo, señor Bretón… Elsa y Madeleine están muertas.

—Sí, Alain. Y Hubert Fayard se lo llevó todo. Es él quien tiene el mapa ahora, de modo que dirijan a Fayard su reclamación.

Alain sonrió y negó con la cabeza.

—No, señor Bretón. Se equivoca. Fayard no lo tiene todo.

—¿No?

—Le falta un trozo.

—¿Cuál?

—Él que yo escondía en mi ojo… El trozo de papel que se llevó Madeleine estaba falseado.

—No me diga.

—Yo sigo conservando el verdadero…

René fue ahora quien se echó a reír.

—Admito que he conocido a muchos vivales, pero ustedes se llevan el premio… Parece que están jugando al escondite o algo parecido. Pero ya les dije que salí de ese juego.

—No puede ser, señor Bretón. Le dieron un número y tendrá que

aceptarlo hasta el final.

—No me interesa.

—Puede ganar mucho.

—Sigue sin interesarme, Debré.

—Y también puede perder lo que más se quiere, y ya sabe a lo que me refiero. A la vida.

—¿Qué es lo que trata de conseguir de mí, Debré? No tengo los otros dos trozos del mapa. Los tiene Fayard.

—Usted se los quitará a Fayard para nosotros.

—No, no. De ninguna manera.

—Tendrá que hacerlo o de lo contrario le saco los sesos.

René exhaló el aire de sus pulmones.

—Al parecer, siempre llevaré la peor parte. ¿Saben que cuando estuve en el hospital, Fayard me envió un ataúd? Lo hizo para que guardase silencio a la policía.

—Quizá lo hizo porque pensó que usted tendría el trozo del mapa que le falta.

—Sí, es posible. Pero le voy a decir lo más importante que he dicho hasta ahora. ¡Quédense ustedes con su maldito mapa, y su condenado millón de francos!

Bernard Mollet se sentó al otro lado de la cama, puso su mano derecha sobre su pierna ortopédica y repiqueteó allí con los dedos.

—Usted nos ocasionó un perjuicio, señor Bretón —dijo—. Me arrebató mi parte en el tesoro, y yo he pasado mucho en esta vida, señor Bretón. No se lo puede imaginar. Siempre he sido un desharrapado… Ahora iba a ser alguien importante gracias al tercio del millón de francos que me correspondía…

—Óiganme los dos… Han elegido al peor hombre. Yo no sé dónde está Fayard. Y les aseguro que les digo la verdad. Comprendo su idea. Han pensado que, puesto que me libré de la muerte, tendría que saber el escondite de Hubert Fayard, pero no hay nada de eso. No sé una palabra del lugar en que se pueda encontrar el hombre que les interesa.

—Nosotros sí sabemos dónde está —dijo Alain Debré.

—¿Qué?

—Sí, señor Bretón. Lo sabemos.

—Entonces, ¿por qué no operan por su cuenta?

—Somos dos pobres mutilados, señor Bretón. A mí me falta un

ojo y Bernard tiene una pierna artificial… Usted es un tipo sano. No tiene ninguna pieza de recambio.

—Hay millones de hombres como yo.

—Pero a ellos les faltan agallas para enfrentarse con un enemigo como el nuestro.

—Puedo nombrarles unos cuantos que a cambio de cinco mil francos, se jugarían la piel por ustedes. Les daré unas cuantas recomendaciones.

—No se moleste. Le elegimos a usted.

—Yo no estoy en venta.

Alain Debré arqueó el dedo en el gatillo.

—Bernard —dijo—, ¿verdad que es una lástima que muera tan joven un hombre como René Bretón?

—Sí, es una verdadera lástima. Pero ¿qué se le va a hacer? Métele el plomo y buscaremos otro.

René leyó en los ojos de Debré que iba a disparar.

—Son ustedes muy convincentes. Y me han partido el corazón con su historia del ojo postizo y la pierna ortopédica. Cuenten conmigo.

—Quiero hacerle una advertencia, señor Bretón. No trate de jugarnos sucio. Le daremos muy poco tiempo para arrepentirse…

René hizo rechinar los dientes. Otra vez estaba metido en el asunto.

—Ese cerdo me la pegó —dijo Hubert Fayard.

—¿A cuál de ellos te refieres? En este caso hay muchos cerdos.

La persona que acababa de replicar era una joven morena, estaba tendida en un diván y fumaba en una larga boquilla. Poseía un cuerpo sinuoso y una cara bellísima.

—¿Quién va a ser? —Gruñó Fayard—. Me estoy refiriendo a René Bretón…

—¿Qué pasa con él?

—Pero ¿qué clase de inteligencia tienes tú, Shirley?

—Ya sabes que no fui mucho al colegio.

—Oh, sí, la vida te trató muy mal. Basta mirarte para saberlo.

Shirley tenía unos pendientes de perlas, pulseras de oro, un anillo con un brillante.

—Querido, estas cosillas fueron obsequio de mis admiradores… Pero ninguno de ellos puede decir nada malo de mí…

—René Bretón tiene el trozo bueno del mapa.
—¿Y cómo pudo hacerse con él?
Fayard dio un suspiro y se armó de paciencia.
—Él estuvo relacionado con Madeleine. Y Madeleine tenía el trozo del Tuerto.
—Creo que voy entendiendo. Se supone que René Bretón sustituyó el papelito.
—Premio.
—¿Y qué vas a hacer ahora, querido?
—Atraparé el trozo que me falta aunque tenga que volver París boca abajo.
—No debes meterte con París, cariño. Es solo un hombre el que te interesa.
—Era una forma de hablar, estúpida. Sé lo que tengo que hacer.
—¿Qué cosa?
—Ir al hospital donde está René Bretón.
—¿Cuándo?
—Esta misma noche.
—¿No dijiste que René Bretón está en poder de la policía?
—¡Burlaremos la vigilancia!
En aquel momento llamaron a la puerta precipitadamente y un hombre entró sin esperar a que le autorizasen.
Era alto, rubio, de ojos verdosos.
—¡Hubert, la bomba!
Shirley lanzó un chillido y saltó del diván.
—¡No quiero morir! —gritó mientras escapaba hacia la puerta.
Fayard la atrapó por un brazo.
—¡Párate ahí, Shirley!
—¿Es que no lo has oído? ¡Va a estallar una bomba!
—¿Nunca sabes cuándo se habla en serio o en broma?
—¿Se trata de una broma?
—Tampoco es eso, maldita sea. Charles se refiere a que trae una noticia importante.
—¿Y por qué no lo dijo con esas palabras y mencionó lo de la bomba?
—Cierra el pico, Shirley. Y vuelve a tu diván…
La joven se estiró la blusa y se apartó de Fayard.
—Hola, Charles —dijo Fayard, al recién llegado.

—René Bretón escapó del hospital.

—¡No puede ser, maldita sea!

—Pero tuvo tiempo de recibir el ataúd que tú le enviaste…

—¿Supones que huyó porque le entró miedo?

—Quizá sí, quizá no.

—¿Quién lo siguió?

—Nadie.

—¿Cómo que nadie? ¿Cuántos hombres había en los alrededores del hospital?

—Tres, pero ninguno de ellos lo vio pasar.

—¡Condenación! Pero ¿qué clase de fulanos tengo yo a mi servicio?

—Hay una fácil explicación.

—¿Sí? ¿Y cuál?

—René Bretón dejó fuera de combate al inspector que lo custodiaba y se puso sus ropas.

—¿Qué me importa a mí lo que se pusiese? ¡Los muchachos debieron identificarlo, maldita sea! Ahora no sabemos dónde está. ¿Qué te parece, Charles? René Bretón tiene un trozo del mapa que a mí me interesa y sin él no podemos hacer nada.

—Pero él tampoco puede hacer nada sin los trozos que le faltan.

Hubert quedó de muestra.

—¡Demonios, eso es verdad! —Se echó a reír—. Tú supones que René Bretón querrá el mapa completo.

—Sí, eso es.

—Por lo tanto, no debemos preocuparnos porque él vendrá en nuestra busca.

—Yo apuesto a que va a ocurrir así.

—Creo que tienes razón, Charles. Y por tanto debemos hacer un gran recibimiento al señor Bretón. Sí, señor, vamos a hacerle el recibimiento que merece.

Shirley habló desde el diván.

—Querido, no entiendo nada de este lío. ¿Me lo quieres explicar?

—¡Vete al infierno! —exclamó Fayard—. No necesitas saber nada… A ti te bastará con ver a Rene Bretón muerto… Y eso indicará a ese entrometido que yo no bromeaba cuando le obsequié con el ataúd.

CAPÍTULO XI

René Bretón avanzó en la oscuridad.

Un perro ladró a lo lejos.

Por fortuna, el perro no pertenecía a la casa.

Vio brillar un cigarrillo en la oscuridad, a unos treinta metros.

Ése no era su camino, sino el opuesto, y siguió por él.

Quería evitar cualquier tropiezo.

Si se encontraba con un hombre, tendría que matarlo, porque no le bastaba con dejarlo sin conocimiento.

Ahora sabía la clase de tipo que era Hubert Fayard. Un asesino de la peor especie que se valía de otros asesinos para lograr lo que se había propuesto. El millón de francos.

Probó por una ventana, pero estaba cerrada.

La siguiente también lo estaba.

A la tercera iba la vencida, y una vez más se demostró que era así.

Se metió en una habitación.

La luz se encendió de pronto.

Fue a echar mano de la pistola de que lo había provisto Alain Debré, pero quedóse quieto al ver que ya lo estaban apuntando con un arma.

Era un tipo alto, rubio, de ojos verdosos.

—Bien venido, señor Bretón.

—¿Me estaban esperando?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Lo vimos en el jardín… El señor Fayard dijo que usted nos visitaría esta noche.

—El señor Fayard es un hombre muy listo. ¿Dónde está? Quiero hablar con él.

—Está cenando con su amiguita.

—¿En la casa?

—Sí, en la casa.

—Estupendo. Me encuentro con apetito.

—Usted solo vino aquí por plomo.

—Eso lo digiero mal.

—Sin embargo, es lo que va a encontrar —dijo Charles, poniendo un dedo en el gatillo.

—Si dispara hará el peor negocio, muchacho. No tengo el trozo de mapa que le falta a su jefe.

—No lo creo. Usted tiene el trozo que pertenecía a Alain Debré, y que debió pasar a manos de Madeleine. Usted se lo quitó a Madeleine.

—No hay nada de eso. Madeleine se llevó uno falso.

—¿Qué va a decir usted? Ahora quiere hacernos creer que Alain Debré conserva su trozo.

—Así es.

—No, señor Bretón, no le creo una palabra…

—Ande, dispare, y su jefe perderá el millón de francos.

—Usted vino aquí para robarle al señor Fayard.

—Vine para ponerme de acuerdo con él.

—No le creo.

—Sé dónde encontrar a Alain Debré.

Charles sopesó la oferta de René. Finalmente dijo:

—Está bien. Vendrá conmigo al comedor.

—Gracias.

—Ponga las manos en alto. Le voy a desarmar.

—No traigo pistola.

El rubio se echó a reír.

—Obedezca.

René levantó los brazos.

Charles fue por detrás de él y le despojó de la pistola.

—Vaya, no estaba armado, ¿eh? —Le pegó con el cañón en el cuello.

René se tambaleó, pero no llegó a caer.

—Rubio, eso no está bien.

—¿No? Espera que te eche los dientes abajo… Empieza a andar.

Salieron de la habitación.

René vio un ancho vestíbulo y una escalera que conducía al piso

alto.

El rubio le indicó dónde debía ir.

Charles no le había mentido.

Hubert Fayard estaba cenando en compañía de una joven morena, muy bella.

Un criado servía la mesa.

Shirley enarcó las cejas mirando al intruso, pero Hubert Fayard no se inmutó. Limpióse la boca con la servilleta y, sin dirigir una sola mirada a René, dijo:

—Eres muy atrevido, René.

René Bretón tampoco prestó atención a Hubert Fayard. Prefirió mirar a la joven, porque tenía mucho que ver.

—Eh, Hubert, sabes cuidarte bien —dijo.

Fayard le miró irritado.

—Déjala a ella quieta.

—No la toco.

—Es conmigo con quien tienes que hablar.

—Pero antes quiero cenar algo —dijo René con la mayor naturalidad—. Con permiso —se acercó a la mesa y atrapó un muslo de pollo.

El rubio fue hacia él y le golpeó con la pistola en el brazo.

El muslo de pollo se fue por el aire.

Pero esta vez René no se estuvo quieto.

Se revolvió y soltó un puñetazo en la cara de Charles, el cual corrió hacia la pared dando traspiés.

Cuando se detuvo, tenía los ojos congestionados. Levantó la pistola.

—Te la ganaste.

—Mátame y tu jefe se queda sin hacer el gran negocio…

—Ya me cansaste con ese cuento.

Hubert Fayard dejó oír su voz enérgica:

—No dispares, Charles.

Por un momento pareció que Charles iba a desobedecer aquella orden pero luego se tranquilizó. Escupió un cuajo de sangre hacia un lado y dijo:

—Hubert, no le creas una sola palabra de lo que va a decir.

René le sonrió.

—Deja que sea tu jefe quien opine.

Hubert sacudió la cabeza.
—¿Quién te dio la dirección de esta casa?
René pensó que tendría que jugar con dos barajas.
—Fue Alain Debré.
—¿Cuándo le viste?
—Él me vio a mí.
—¿Dónde?
—En el hotel donde me refugié después de escapar del hospital.
—¿Estaba solo?
—No. Le acompañaba Bernard Mollet.
—Así que ellos dos forman sociedad…
—Tenían que formarla, puesto que cada uno de ellos tenía un trozo del mapa.
—Sí, tienes razón, René. Te contrataron para que vinieses aquí para retirar los otros trozos.
—No vine aquí para pasar el rato con tu amiguita, pero si me concedes media hora con ella, te lo voy a agradecer mucho.
—Otra insolencia como esa y ordeno que te arranquen la piel.
Shirley se puso a aplaudir sonriente.
—¿Qué te pasa a ti, Shirley? —preguntó Hubert.
—Lo encuentro gracioso.
—Será mejor que te olvides de él o le harás compañía.
—¿Pero qué he dicho yo?
—Cierra el pico, estúpida.
Hubert se puso en pie y acercóse a René.
—He esperado mucho tiempo para atrapar ese millón de francos, René. Y ya no puedo esperar más.
—Lo comprendo.
—Lo celebro mucho. Quiero el último trozo que me falta.
—Yo no lo tengo. Se lo dije a Charles. Eso es cosa de Alain Debré.
—Muy bien. Nos llevarás adonde están ellos y allí sabremos quién lo tiene. Andando.
—Espera un momento, Hubert.
—¿Qué pasa?
—¿Qué voy a ganar yo con todo esto?
—Seguirás conservando la vida.
—No me basta con eso.

—¿Qué quieres?

—Dinero.

René solo quería ganar tiempo. Sabía que Fayard no le respetaría la vida.

—Está bien. Te daré cincuenta mil francos… Es un buen precio por tu colaboración.

—Tendré que conformarme.

—No tienes más remedio.

Shirley intervino:

—Quiero ir con vosotros.

—No, nena. Tú te quedas.

—Me prometiste que presenciaría el final del espectáculo, Hubert.

—El espectáculo terminará cuando haya atrapado el millón de francos, y entonces estarás tú presente.

René hizo un saludo con la mano a la joven.

Los tres hombres salieron de la casa.

En el porche había un automóvil negro, un «Mercedes» último modelo.

Un hombre obeso manejaba el volante.

Hubert se sentó junto al chófer, René y Charles ocuparon el asiento trasero.

—Bien, René, ¿adónde vamos? —dijo Hubert—. Y te voy a dar un consejo. Será mejor que no des una dirección falsa o Charles te escarmentará. ¿De acuerdo, Charles?

—Descuida, jefe. Le meteré una bala por las fosas nasales.

—No te preocupes, Hubert —dijo René—. Daré la buena dirección. Después de todo, no está muy lejos de aquí. A cinco kilómetros. También Alain Debré alquiló un chalet para estar alejado de París.

A continuación, René dijo al chófer por dónde tenían que ir.

Hicieron una carrera de quince minutos.

—Ésa es la casa —dijo René.

Se refería a una que contaba con un pequeño jardín. Estaba iluminada una de las ventanas del piso bajo.

Cruzaron el jardín y fueron hacia el porche.

El hombre obeso iba con ellos manejando una «Luger» de gran tamaño.

—Aprieta el timbre, René —ordenó Fayard.

El joven obedeció.

Pasaron como quince segundos y la puerta fue abierta por Bernard Mollet, el de la pierna ortopédica.

—¡Bravo, muchacho! —exclamó al ver solo a René en el hueco —. ¿Ya lo conseguiste?

René fue empujado desde fuera, tropezó con Bernard y este se vino abajo.

Hubert, Charles y el hombre obeso se colaron en la casa.

Bernard quiso sacar una pistola desde el suelo y Hubert le dijo:

—Quieto o te meto una bala en las tripas, y para eso no hay nada de repuesto.

Bernard apartó la mano del sobaco.

Hubert se acercó a él y le pegó una patada en los riñones.

—¿Dónde está Debré?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —dijo Hubert, y le pegó otro puntapié.

—Hace un rato estábamos en la biblioteca, pero él dijo que se iba a su cuarto.

—¿Cuál es su habitación?

—Segunda a la izquierda.

De pronto se oyó una voz desde el piso alto.

—Celebro que hayas llegado, Hubert.

Los hombres armados miraron hacia la parte superior de la escalera, pero no vieron a nadie.

Sin embargo, era la voz de Alain Debré.

Estaba claro que hablaba a través de un micrófono.

—Alain —dijo Hubert—. Estás atrapado.

—Eres tú el que caíste en la trampa… Siempre te has creído el tipo más listo del mundo, pero esta vez solo te comportaste como el ratón que huele el queso y se mete en el cepo.

—Tonterías —dijo Hubert con voz no muy segura.

—Te mandé a René y fue él el queso. Confié en que lo estarías esperando. Todo ha salido tal como yo lo planeé. Has venido aquí, Hubert, y trajiste los dos trozos del mapa.

—No, no los traigo.

—Mientes, Hubert. Te conozco bien. —Debré rio a través del

micrófono—. Los has traído para completarlo con el papelito que te falta. El que tengo yo. Pero todo lo que pensaste se ha venido abajo. Te voy a dar un consejo, Hubert. Pon los dos trozos del mapa en el suelo, da media vuelta y lárgate.

Hubert disparó contra el micrófono que había localizado.

Sonó un chasquido y se produjo un fogonazo.

Pero enseguida volvió a oírse la voz de Debré desde otra parte.

—Soy invisible, Hubert. No puedes conmigo.

—Tú tampoco puedes con nosotros.

—Te voy a demostrar que te equivocas.

Sonó un disparo por la izquierda y el hombre obeso que manejaba la «Luger» soltó un alarido y se desplomó.

Quedó boca arriba mostrando un agujero entre los dos ojos.

Alain Debré rio otra vez a través del altavoz.

—¿Quieres que te dé otra demostración, Hubert?

—¿Dónde estás, maldito?

—Ya te lo he dicho. En todas partes y en ninguna.

—Alain, será mejor que lleguemos a un acuerdo.

—No hay acuerdo. Preparé esta recepción con mucho tiempo. Sabía que me haría falta. ¿No te parece diabólico?

—Alain, podemos partir el tesoro…

—Nada de partes. Tú pensabas llevártelo todo y como yo soy ahora el que maneja el asunto, también me lo llevo todo.

Bernard, el hombre de la pierna ortopédica, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Alain, tú y yo formamos sociedad! ¡No puedes traicionarme! ¡No puedes!

Sonó otro disparo.

Bernard Mollet cayó hacia atrás, y cuando quedó inmóvil estaba muerto, porque una bala le había partido el corazón.

Hubert estaba realmente asustado. De su rostro había huido el color.

—Alain, te conviene aceptarme en el puesto de Bernard.

—¿Quieres ganarte una bala tú también?

—No.

—Entonces, obedece. Pon los dos papelitos en el suelo, a tus pies.

Hubert miró al rubio Charles, pero este no le podía servir de

ayuda en aquellas circunstancias.

—Está bien, Alain —dijo Hubert—. Pondré los dos trozos del mapa a mis pies, como tú quieres.

—Así se habla.

René se estaba preguntando cómo acabaría todo aquello. ¿Qué clase de ingenuo era? Solo había una respuesta. Alain Debré los mataría a todos, incluido a él, René. Allí iba a sobrevenir una segunda matanza.

CAPÍTULO XII

Hubert estaba sudando a chorros.

Sabía lo que le esperaba, una vez hubiera colocado los dos papeles a sus pies.

Para él también habría una bala, o quizá dos.

Los proyectiles llegarían del lugar más insospechado, porque las dos veces que había disparado Alain Debré lo hizo de distinto sitio. Maldito fuese aquel loco.

Sacó un papel y lo puso a sus pies. Miró a René Bretón.

—René, yo no tengo ningún deseo del millón de francos. Díselo a Debré.

Antes de que Bretón pudiese hablar, lo hizo Alain Debré desde su escondite.

—No tengas miedo, Hubert. No te voy a matar.

Fayard mostró en su cara que no creía aquellas palabras, pero no dijo nada.

Sacó el otro papel y lo puso junto al primero.

Luego se levantó poco a poco y sintió deseos de echar a correr. Pensó que si hacía eso, le llegaría la bala por la espalda.

—Alain —dijo—. Ya tienes los dos trozos del mapa que te faltaban. Eres dueño del millón de francos…

—Sí, y quiero darte las gracias.

—No hace falta.

—Sí, hombre, te las mereces.

—¡No! —gritó Hubert, al mismo tiempo que sonaba un estampido.

Hubert se tambaleó, chocó las espaldas contra una columna del vestíbulo, abrió mucho los ojos y luego se miró el agujero que tenía en el centro del pecho.

—Maldito loco… —dijo, y se abatió pesadamente en tierra.

El rubio Charles corrió hacia la puerta.

Se produjeron dos estampidos.

René vio cómo Charles se tambaleaba mordido por los dos plomos, giraba como una peonza y caía también en el suelo.

René también echó a correr, pero no lo hizo hacia la puerta, sino hacia la escalera.

Sonó un disparo.

René ya se había lanzado al aire y la bala no le tocó.

Ya no volvió a oír otro disparo, y pensó que había quedado fuera del alcance de Alain Debré.

Había comprendido la forma de que Alain se valió para mantener a raya a sus enemigos. Había empleado un circuito cerrado de televisión, y el observatorio debía estar ubicado en la pared de enfrente.

Ahora él, gracias a que estaba al pie de la escalera, impedía a Alain Debré la visión.

—René —oyó la voz de Alain.

—¿Qué quieres, loco asesino?

—Al fin nos hemos quedado solos.

—¿Te río el chiste, Alain? Has intentado matarme a mí también…

—Sí, es cierto, pero ahora pienso que me haces falta.

—Cuéntaselo a tu abuela.

—Muchacho, debes creerme. Me encuentro muy solo.

—Cuando tengas el millón de francos, ya no estarás solo. Acudirán a tu lado las rubias, las pelirrojas y las morenas, como si tuvieras un imán.

—Sí, pero no tengo intención de matarte.

—Tienes un buen motivo. Soy el único eslabón que te une a esta matanza.

—A ti no te conviene divulgar lo que ha pasado aquí. Alquilé esta casa con nombre supuesto. Tú y yo nos marcharemos y la policía no podrá atraparme nunca.

René miró hacia el vestíbulo, donde estaba el cadáver de Hubert Fayard.

Allí estaban los dos trozos del mapa que, junto con el que tenía Alain Debré, conducía al millón de francos.

Si lograba atraparlos tendría una ventaja sobre Alain Debré.

—Alain —dijo—. Creeré tus palabras con una condición.

—¿Cuál?

—Sal de tu escondite.

Hubo una pausa.

—¿Qué te pasa, Alain? —dijo René—. ¿Es que no te gusta la idea? Así nos veremos cara a cara.

—Está bien.

—No intentes ningún truco, Alain.

—Claro que no.

Se hizo un nuevo silencio.

René Bretón permaneció quieto junto al peldaño. Sabía que Alain Debré no cumpliría su palabra.

Si se levantaba, podría encontrarse con una bala.

Oyó pasos en la escalera y sonó un estampido.

Alain se echó a reír.

—Aquí me tienes, muchacho.

René rodó por el suelo. Las balas lo siguieron y rebotaron en el lugar donde segundos antes se encontraba.

Al llegar junto a una columna se refugió tras de ella.

La pistola «Luger» que había manejado el obeso estaba todavía muy lejos, a unos tres metros.

Alain empezó a descender por la escalera. Lo hizo despacio, sin perder la calma.

—Sal de ahí, muchacho.

René apretó los maxilares con fuerza.

Alain lo iba a cazar como a un conejo atado a un árbol.

Se arrojó sobre la pistola.

Sonó otro estampido y la bala le quemó el brazo.

Su mano se apoderó de la «Luger».

Dio otra vuelta y, al quedar de bruces, disparó sobre Alain, que ya estaba llegando al pie de la escalera.

Debré recibió el impacto en el estómago y soltó un grito.

René disparó otra vez al ver que Alain le apuntaba.

Esta vez la bala golpeó contra el pecho del Tuerto y lo arrojó al suelo.

Entonces, René se levantó y echó a andar hacia Debré.

Vio que el ojo postizo y el bueno estaban fijos en el techo. Estaba muerto.

Lo registró y no le costó mucho trabajo encontrar el trozo de

mapa que poseía, porque lo guardaba en la cartera.

Luego fue al vestíbulo y, allí mismo, de rodillas, compuso el mapa completo con los dos trozos que Hubert Fayard había conservado hasta su muerte.

En aquel momento se abrió la puerta a su espalda y una voz dijo:

—Vaya, por fin terminó todo.

René se volvió, aunque ya había identificado la voz.

Era Shirley, la amiga de Hubert Fayard. Manejaba una pistola con la zurda.

—¿Qué haces aquí, nena? Te dijo Hubert que te quedases.

—Soy una personita hambrienta de emociones fuertes.

—Pues llegaste demasiado tarde.

Shirley miró la escena que se ofrecía a sus ojos y sonrió.

—Cielos, aquí hay más muertos que caben en el panteón de mi tatarabuelo. Pobre Hubert, él se creía con el dinero en la mano.

—También lo creyeron los otros —dijo René, señalando a Alain, que estaba al pie de la escalera.

Solo quería distraer a Shirley para atrapar de nuevo la «Luger».

Pero ella se dio cuenta.

—Si coges el arma, te vuelo la cabeza. Y te aseguro que desde aquí no fallo.

—De acuerdo, nena.

René cubría con su cuerpo los trozos del mapa, puesto que todavía estaba acuclillado.

—Bien —dijo ella—. ¿Dónde están los papelitos que conducen al tesoro?

—Hubert tenía dos y el otro Alain Debré…

—¿Todavía no los recogiste?

—No me dio tiempo.

—Apártate de ahí.

—¿Para qué?

—He dicho que te apartes.

René se dijo que había llegado su última hora. Ahora no se libraría de la bala que le mandaría Shirley.

Había escapado de la muerte en distintas ocasiones, pero esta vez no tendría salvación. Estaba listo. También él ocuparía un ataúd, y no precisamente el que Hubert Fayard le había enviado

cuando estaba en el hospital.

CAPÍTULO XIII

—Eh, un momento, Shirley… Sería mejor que no te precipites… ¿Sabes por qué están muertas las personas que intervinieron en este caso? Porque ellos quisieron jugar a todo o nada.

—¿Y qué?

—Es mejor llevarse una parte que verse metido es una fosa.

—Aplícate el cuento, René.

—Quiero que te lo apliques tú, Shirley.

—Basta de consejos.

—Te estoy dando el mejor. Tú y yo podemos ir juntos en este asunto… Hay un millón de francos. Medio para cada uno…

—Eres muy gracioso.

—Celebro que lo tomes así.

—No sabes lo que iba a decir… Déjame terminar.

—Adelante, Shirley. Pero no digas nada de lo que luego te puedas arrepentir. Es un proverbio muy antiguo.

—¡Vete al infierno con tu proverbio, tu consejo y tus cuentos…! Me basta echar una mirada a mi alrededor para saber que yo no tengo ningún enemigo. Solo quedas tú y si te mato se acabó. Entre el tesoro y yo solo habrá una distancia geográfica.

—Es lo que tú crees. Todavía quedan personas involucradas que no están muertas.

—¿Quiénes?

—No las conozco.

—Entiendo, fue otro cuento tuyo.

—No, Shirley, utilizo el sentido común.

—¿Y qué dice tu sentido común?

—Es sencillo. Tú eres la amiga de Hubert, y Hubert tenía también hombres a su disposición. No podía hacer este trabajo solo… ¿Por qué diablos Bernard Mollet iba a estar solo? ¿Por qué no puedes pensar que él tenía también su amiga? Y si es así, le

debió contar toda la historia… Además de Bernard Mollet, tenemos a Alain Debré… También él tenía derecho a contárselo a su amiguita de turno. Y lo gracioso del caso es que no conocemos su identidad. Pero quizá en estos momentos ellas están más cerca de nosotros de lo que tú supones.

—No me convences.

—Puedes atrapar los tres trozos del mapa y correr el riesgo, pero, sinceramente, no creo que llegues muy lejos.

Shirley se quedó pensativa.

René comprendió que quizá había dado en la diana, que Bernard Mollet o Alain Debré habían tenido alguna amiga.

Al fin Shirley se decidió.

—Está bien. Correremos los dos juntos.

—Mitad y mitad.

—Trato hecho.

René se puso en pie y entonces Shirley vio los tres trozos del mapa en el suelo.

Sus ojos adquirieron una gran dureza.

—Me estabas engañando, bastardo —dijo, apuntando de nuevo a René con la pistola.

—Cuidado, pequeña. Era cierto que el mapa estaba ya armado, pero también lo es que tuve en cuenta lo que te podría pasar si hicieses el trabajo sola.

Shirley se humedeció los labios con la punta de la lengua.

Bajó el brazo armado y dijo:

—¿Dónde está el tesoro?

—Cien kilómetros al sur de París. En Sainte-Marie de Poitiers.

—Tengo un coche fuera. Tú conducirás.

René fue a coger la «Luger».

—Deja esa arma.

—Es mejor que me la lleve, Shirley.

—Ni hablar.

—Podemos encontrarnos con enemigos.

—Con mi pistola basta.

—Como tú quieras, pero creo que cometes un error. Yo también debo ir armado.

—Coge los papelitos.

René tomó los trozos del mapa.

—Dámelos ahora —ordenó la joven.

René se los alargó.

Shirley tomó los trozos del mapa y los examinó.

—Sí, no me has engañado. Está en Sainte-Marie de Poitiers. Vámonos de una vez.

René se puso al volante, y Shirley se sentó a su lado.

Salieron de la casa.

El coche de Shirley era un «Tiburón» color guinda.

Inmediatamente, René puso el vehículo en marcha.

La joven metió la pistola en la guantera, lejos del alcance de René.

Sacó un paquete de cigarrillos del bolso.

—Enciende uno para mí —dijo René.

Shirley encendió dos cigarrillos y puso uno de ellos es los labios de Rene.

El automóvil corría por un camino flanqueado por árboles.

De pronto se encendieron dos faros a la derecha.

Un coche saltó al camino y fue detrás de ellos.

—Creo que acerté, nena —dijo René.

—¿Supones que vienen detrás de nosotros?

—No tengo la menor duda.

—¿Quién podrá ser?

—Eso lo podrás decir tú.

—¿Por qué yo?

—Cuando te hablé de las posibles relaciones amorosas de Bernard Mollet o de Alain Debré, pasó un nombre por tu cabeza.

—Es posible.

—¿Quién es?

—Monique Mercier.

—¿De quién era amiga?

—Del Tuerto.

—¿Qué sabes de ella?

—Es un punto de cuidado.

René sintió deseos de reír. En aquel asunto no había conocido a nadie que no fuese un punto de cuidado, empezando por la propia Shirley.

—Monique trabajó con un ladrón de joyas —siguió informando la joven—. Pero a él lo metieron en la cárcel y, desde entonces, está

yendo de un lado a otro en busca de un árbol que le dé una buena sombra…

—Y naturalmente, encontró la sombra en la persona de Alain Debré.

—Imagínate, una sombra de un millón de francos.

—¿De dónde eres tú, Shirley?

—De Liverpool, como los Beatles… Ha salido gente muy buena de allí durante los últimos años.

—Oh, sí, y aquí estás tú para demostrarlo.

—Déjate de ironías y aprieta el acelerador.

—Ya lo estoy apretando.

—Solo le sacas ciento treinta y este coche puede ir mucho más deprisa.

—No me gustaría estrellarme.

—Cada vez se acercan más y en cualquier momento nos pueden obsequiar con una ráfaga de plomo.

—Sí, en eso creo que tienes razón.

Shirley atrapó la pistola.

—Estate quieta.

—Les reventaré una rueda.

—No puedes. Vamos demasiado aprisa.

Sin embargo, Shirley sacó la mano con la pistola por la portezuela. Hizo un disparo, pero, enseguida, el coche que los seguía se corrió hacia la izquierda.

Shirley volvió a meter el brazo, diciendo:

—Se han ido fuera de tiro.

—Por eso te dije que te estuvieses quieta.

—Pude acertarles a la primera.

—Pero no acertaste.

René vio una bifurcación.

Se metió por la primera carretera a la derecha.

—Eh, por ahí no es… —dijo Shirley.

—Sí, ya sé que no es, pero no vamos a llevarlos hasta Sainte-Marie de Poitiers. Quiero despistarlos.

Shirley miró a sus espaldas y vio que el coche continuaba a su zaga.

—No lo has conseguido.

—Espera un poco. Todavía es demasiado pronto.

René zigzagueó por caminos vecinales y al cabo de quince minutos logró su propósito.

Ya no eran seguidos.

Entonces, volvió a la carretera principal, la que conducía a Sainte-Marie de Poitiers.

Shirley ya tenía los trozos del mapa sobre sus rodillas.

Sainte-Marie de Poitiers era un pueblo pequeño.

La cruz que marcaba el escondite del tesoro se refería a un monte que estaba a la izquierda.

Se llegaba a la cumbre por un estrecho camino.

—Son los restos de una iglesia románica —dijo Shirley.

René detuvo el coche.

Los restos de la iglesia estaban pobremente iluminados.

Un hombre que vestía de uniforme se les acercó cuando saltaron del auto.

—Buenas noches —saludó—. ¿Vienen a ver la iglesia?

—Desde luego —contestó René.

—Es nuestro mejor monumento, pero yo les aconsejo que esperen a mañana. La iluminación es escasa. El Municipio votó un nuevo alumbramiento, pero no estará listo hasta dentro de un par de meses… Mi nombre es Guy Renoir, y me sentiré honrado si mañana me aceptan como guía.

—Perdone, señor Renoir —repuso Shirley—. Pero mi marido y yo tendremos que ver la iglesia románica esta noche, porque no podemos quedarnos en el pueblo. Hemos de seguir nuestro viaje hacia el norte.

—Comprendo. En tal caso, les acompañaré ahora.

—Es usted muy amable.

La iglesia estaba muy arruinada por el tiempo.

Shirley hizo una mueca a René, a espaldas de Guy, y acompañó su mueca con un gesto. Quería decir que René debía de golpear al guía, pero Bretón le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—La iglesia es del siglo XV —dijo el guía—. Fue construida por Wifredo el Gordo… Una gran parte de la historia de Francia se desarrolló aquí y tuvo su importancia… Quizá recuerden ustedes que Wifredo el Gordo mató a cinco de sus hermanos para poder ser conde. Llegó a ser el brazo derecho del rey…

Shirley se abalanzó sobre el guía y le propinó un culatazo en la

cabeza.

El guía dio un suspiro y se desmayó.

—No has debido hacer eso, Shirley —dijo René, rabioso.

—¿Qué querías? ¿Que nos soltase todo el rollo? Ten en cuenta a nuestros perseguidores.

—Los dejamos muy atrás.

—Lo que yo quiero es el millón de francos… —dijo Shirley y arqueó el dedo en el gatillo.

Fue a disparar sobre el desmayado, pero René le dio un manotazo en el brazo.

—¿Qué haces, estúpido?

—No quiero que lo mates.

—¿Qué importa un muerto más?

—Importa mucho si lo podemos evitar.

—Si se despierta, empezará a gritar.

—Yo lo convertiré en un paquete.

René tardó unos minutos en atar y amordazar al guía llamado Guy Renoir.

Shirley ya se había apartado de allí.

—Es por este callejón —dijo.

René la siguió.

Aquella parte estaba mejor iluminada, pero bajaron por una escalera y las sombras se fueron apoderando de nuevo de aquel lugar.

Llegaron a una especie de sótano donde había muchos agujeros en la pared. En algunos de ellos se mostraban calaveras.

—Bonito lugar para pasar una luna de miel —dijo René.

Shirley rio mientras contestaba:

—Por un millón de francos yo estoy dispuesta a quedarme aquí una temporada. Pero lo mejor será que lo saquemos y salgamos cuanto antes.

—Estoy de acuerdo.

Shirley se puso en el centro de la estancia y caminó cinco pasos a la derecha y luego tres a la izquierda. Se detuvo y golpeó el suelo con el pie.

—Aquí está.

—Es posible que esté, pero nos falta el pico y la pala.

—¿Crees que no pensé en ello? En el capó hay un pico y una

pala. Pero date prisa, maldita sea.

René se fue al auto y regresó en cinco minutos con el pico y la pala.

Shirley había encendido un cigarrillo y sentóse bajo uno de los agujeros en el que se exhibía una calavera. Conservaba la pistola a su alcance, sobre una piedra.

René se movió hacia la joven, y ella se apoderó de la pistola y lo apuntó.

—¿Qué quieres, René?

—Solo un cigarrillo. También tengo deseos de fumar.

—Ya fumarás cuando hayas sacado el tesoro.

René se encogió de hombros y fue al lugar que Shirley había marcado con uno de los cráneos. Apartó este con el pie y se puso a trabajar con el pico.

Mientras tanto, pensaba. Shirley esperaría a que terminase su trabajo y entonces le metería una bala en las tripas, en el corazón, o le volaría la cabeza. No tenía dudas de las intenciones de aquella joven. Era una preciosa muñeca con los sentimientos de una serpiente de cascabel.

En un momento determinado descansó.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no sigues? —exclamó Shirley.

—Estoy un poco cansado. Quiero recuperar la respiración.

—Tienes un minuto.

—Anda, dame ese cigarrillo —dijo él yendo hacia la joven.

—Párate o te meto una bala en el ombligo.

—Pero ¿qué te pasa? ¿No vamos en esto juntos?

—Claro que vamos juntos, pero no consentiré que me burles.

—¿Quién se va a burlar de ti?

—Leo en los ojos de los hombres.

—¿De veras? ¿Y qué lees en los míos?

—La traición.

René rio. Shirley era genial. Era ella quien lo traicionaría en cuanto apareciese el tesoro. Pero no se lo dijo.

—Anda, continúa trabajando. Ya pasó el minuto.

René tomó el pico y continuó cavando.

Al cabo de un rato, el pico golpeó contra algo metálico.

Shirley se levantó de un salto.

—Ya lo tenemos… Ahí está el millón de francos.

CAPÍTULO XIV

Rene apretó el mango del pico.

Era su única arma para defenderse de Shirley, aunque era muy pobre, porque las balas corrían muy aprisa.

Los ojos de Shirley destellaban intensamente.

—¿Qué estás esperando, René? Quiero ver eso cuanto antes.

—Es un cofre.

—Sí, ya imaginé que era un cofre… ¡Te he dicho que lo saques!

René cambió el pico por la pala y se puso a agrandar el agujero.

—¡Date prisa! —repitió Shirley.

—Oye, me doy toda la que puedo…

—Lo estás demorando.

Shirley se aproximó un poco al agujero.

—Ya puedes sacarlo con las manos —dijo.

—De acuerdo —dijo René y le arrojó una paletada de tierra.

Detrás de la paletada fue él.

Shirley hizo fuego.

René ya se había apoderado de su muñeca y la bala golpeó contra una de las calaveras.

Shirley y René rodaron por el suelo, ella dando chillidos.

Terminaron de dar vueltas y René quedó encima.

La joven trató de soltarle un zarpazo en la cara, pero él le atrapó también aquel brazo.

—Será mejor que te rindas, nena.

La pistola estaba a dos metros.

—Maldito, ¿qué vas a hacer?

—Solo quise quitarte las ganas de matarme…

—No te creo. Me quieres liquidar. Eso es lo que te has propuesto. Quedarte con el millón de francos. No los vas a repartir conmigo.

—Nena, es tu plan, pero no el mío.

En aquel momento se oyó una voz ronca.

—Ésas son las escenas fuertes que a mí me gustan… Un hombre y una mujer peleando por dinero.

Shirley y René miraron hacia la escalera.

Tenían dos visitantes. Un hombre y una mujer.

Ella era de cabello rojizo, de unos treinta años, un fruto maduro. Su rostro era bello, pero había una gran dureza en sus ojos, y en la forma en que sonreía.

El tipo estaba por los cincuenta años de edad, rechoncho, con grandes entradas, nariz chata y hocico un poco saliente. Era él quien manejaba una pistola de cañón largo.

—¿Los conoces, Shirley? —preguntó René.

—Ella es Monique.

—¿Y él?

—No sé quién pueda ser ese bastardo.

—Yo me presentaré —dijo el tipo de hocico saliente—. Soy Otto Bauer.

—¿Cómo se metió en esto? —preguntó René.

—Soy amigo de Monique…

La bella y dura Monique rio mostrando unos dientes como perlas.

—Gracias por haber trabajado para nosotros.

Shirley pegó un empellón a René y alargó el brazo para apoderarse de su pistola.

Fue el propio René quién se lo impidió agarrándole una pierna y tirando de ella.

—Maldito seas —dijo la inglesa de Liverpool—. ¿Por qué no me has dejado que coja la pistola?

—No quiero que mueras.

—Eres un idiota. Nos matarán de todas formas.

René pensaba lo mismo, que los iban a matar de todas formas, pero había aprendido una cosa, que el tiempo era muy precioso, y que uno debía de dejar pasar el agua por debajo del puente. Solo así llegaban las oportunidades.

Otto Bauer dio unos pasos acercándose a los dos jóvenes que estaban en el suelo.

—Eres un hombre muy sensato, René.

—Gracias, es un honor viniendo de un tipo como tú.

—¿Sabes algo de mí?

—Claro. Debes ser el fulano más listo de todos, puesto que tú vas a cargar con el millón de francos.

—Sí, eso es cierto. Los voy a disfrutar con Monique.

—De eso ni hablar, Monique te va a liquidar.

Otto se echó a reír.

—Monique y yo nos vamos a casar…

—Eso es lo que te habrá dicho ella, pero una mujer como Monique no se puede casar con un hombre como tú. Ella habrá imaginado que, con su millón de francos, podrá tener el hombre que quiera, y tú estás muy lejos de ser su ideal.

En los ojos de Otto apareció la duda. Estaba dando la espalda a Monique y cambió de lugar rápidamente.

Sin embargo Monique no tenía ninguna pistola en la mano.

La hermosa y dura pelirroja crispó los labios.

—¿Qué te pasa, Otto? ¿Es que me tienes miedo?

—Estaba pensando en esas llamadas telefónicas. Y ya sabes a cuáles me refiero.

Fue ahora René quien soltó una risita.

—Apuesto a que le dijo que le llamaba su primo…

Otto enarcó las cejas y eso indicó a René que había acertado.

—¡Era mi primo! —gritó Monique.

—Oh, sí, claro —rio René—, siempre existe un familiar de esos como coartada… Eres un simple, Otto. Ella no tiene tal primo. Es el hombre de sus sueños quien le hacía esas llamadas telefónicas. Seguro que ella le dijo al tipo que muy pronto se reuniría con él, que solo transcurrirían unos días o unas horas y que el puerco de Otto Bauer estaba trabajando para ella, y que no tardarían en llegar hasta el millón de francos.

La cara de Otto Bauer se estaba poniendo roja.

—¿Quién es él, Monique?

—¿Es que vas a creer a este charlatán? ¿No te das cuenta para qué lo dice? Solo quiere que peleemos tú y yo para salvarse.

Otto respiró profundamente y pareció que se iba a tragar todo el aire de la estancia.

—Da la casualidad de que acertó —dijo—. Existe otro hombre, Monique.

—No hay ningún otro hombre en mi vida excepto tú. ¡Puedo

jurártelo, Otto!

—Mi voz interior me dice que no debo creerte.

—Otto, ahora tenemos el millón a nuestro alcance. ¡Míralo!

Otto echó a andar hacia el agujero donde estaba el cofre con el millón de francos. Pero al hacerlo, cometió un error porque volvió a dar la espalda a Monique.

Entonces ella abrió el bolso y sacó una pistola.

CAPÍTULO XV

—¡Cuidado! —gritó René.

Pero no sirvió de nada el aviso.

Otto empezó a volverse cuando ya Monique había puesto en camino la bala.

El alemán recibió el plomo en la espalda y se vino hacia delante.

Fue a caer justo en el agujero. Todavía se volvió con la pistola en la mano, pero Monique le quitó las ganas de venganza metiéndole un proyectil en la cabeza.

Se hizo un silencio.

Shirley se había movido hacia la pistola, pero ya era demasiado tarde, porque Monique la estaba apuntando.

—Anda, preciosa. Coge esa arma.

—No.

—¿Por qué no, si es con lo que te puedes hacer dueña de un millón de francos?

René intervino:

—Monique, estamos perdiendo un tiempo precioso… Los estampidos han podido ser oídos. No tardará en llegar gente.

—El pueblo está demasiado lejos. Los disparos no han sido oídos por nadie… Ni tampoco oirán los que van a seguir.

—Cuidado, nena, ¿qué te propones?

Monique sonrió triunfalmente.

—Acertaste en lo del tipo.

—Eso no tuvo ningún mérito… ¿Y dónde está tu hombre ideal? No sé por qué lo pregunto. Imagino que es muy alto y muy fuerte y en estos momentos está tendido en una cama esperando que su querida Monique le lleve el millón de francos.

—Es posible.

—Tampoco tú eres muy lista que digamos. Esos tipos guapos prefieren correr por su cuenta. También él te dejará en la estacada,

como tú has dejado a Otto.

—¿Piensas que soy una tonta? Esconderé el millón de francos. Mi hombre nunca lo verá. Yo iré sacando el dinero poco a poco, conforme lo necesite, y él tendrá que estar a mi lado hasta que yo me canse de él.

—Bravo, debo reconocer que tu plan es el bueno.

—Eres muy amable, y ahora adiós.

—Espera un momento.

—No, René, no puedo esperar. El amor me llama.

René vio que ella iba a disparar y saltó en el aire.

No lo hizo en la dirección de la pistola de Shirley, sino hacia el agujero.

Al mismo tiempo, Shirley se arrojaba sobre su pistola.

Monique se puso a disparar, pero lo hizo con un poco de desconcierto porque no supo a quién elegir.

Shirley estaba más a la vista y fue para ella la primera bala.

La inglesita tenía ya la pistola en la mano cuando recibió el plomo en la espina dorsal.

René se apoderó de la pistola que había pertenecido a Otto Bauer.

Una bala se sepultó ante él echándole tierra a la cara, pero eso no le impidió disparar sobre Monique.

La bella y dura mujer se tambaleó, tropezó con uno de los peldaños que había a sus espaldas y finalmente cayó al suelo soltando un gemido.

En aquel momento, René oyó que llegaba un grupo de personas.

Levantó el arma, pero desistió en disparar al ver que se trataba del comisario Tissier, el inspector Pérec y otros dos hombres que, con toda seguridad, eran también policías.

—Arroje el arma al suelo, Bretón —dijo Tissier.

René abrió la mano y dejó caer la pistola.

El inspector Pérec se echó el sombrero sobre la nuca y dijo:

—Que me ahorquen. ¡Ya ocurrió otra matanza!

El comisario se acercó a René y dijo:

—Te utilizamos para nuestros fines, Bretón… ¿Crees que te íbamos a dejar escapar tan fácilmente del hospital después de haberte encontrado en compañía de cinco cadáveres?

—Es usted muy listo, comisario, mis felicitaciones.

—Me imaginé que nos conducirías hasta el final del caso… Y así ha sido.

Los otros dos policías estaban sacando el cofre.

El comisario ordenó que lo abriesen.

Ante los ojos de todos aparecieron un montón de joyas.

Tissier dio un suspiro, diciendo:

—Sí, aquí debe haber un millón de francos, y solo ha servido para pagar por un montón de vidas.

René Bretón salió de la comisaría.

El comisario Tissier lo había exculpado de todo, pero tendría que presentarse otra vez a efectos del juicio correspondiente. Lo importante era que no existía ninguna acusación contra él.

Había tomado parte en una aventura jalonada por cadáveres y más cadáveres.

Y lo grande de aquel caso es que había entablado conocimiento con mujeres hermosas, fascinantes, y todas ellas estaban muertas.

No, no volvería a aceptar un encargo en mucho tiempo. Un amigo le había propuesto ocupar un puesto en una agencia de transportes. No ganaría mucho, pero llevaría una vida tranquila y eso era lo mejor para él.

Media hora más tarde entraba en el bar Troyat, donde era muy conocido. El dueño, Henri, le anunció:

—Vino una mujer preguntando por ti. Le dije que no te había visto en algunos días.

—Bien hecho.

—Quería comisionarte para buscar a su hermano. Desapareció en Argelia, pero tiene la seguridad de que está vivo y que anda por Italia mezclado con una pandilla de aventureros.

—Que se busque otro.

Henri levantó la mirada y dijo:

—Aquí está ella otra vez.

René no volvió la cabeza. Le bastó mirar en el espejo de enfrente para verla.

Era una joven de unos veinticuatro o veinticinco años, la morena más sugestiva que él había visto en los últimos cinco años.

Cuando ella llegó a su lado. René se volvió, la tomó por el brazo y empujándola suavemente hacia la puerta dijo:

—Empiece a explicarme su caso. Acepto.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.